

EL GALLO CRISIS

LIBERTAD Y TIRANIA



NÚMS. 3 y 4 — SAN JUAN DE OTOÑO — ORIHUELA
:-: :-: DE 1934 :-: :-:

EL GALLO CRISIS

LIBERTAD Y TIRANIA

PUBLICACION

RAMON SIJE

DIRECTOR

JUAN BELLOD SALMERON

SECRETARIO

SUSCRIPCION A SEIS NUMEROS

ORDINARIA 9 PESETAS

PROTECCION 30 "

ESTA REVISTA SE ENVIA GRATUITAMENTE A TODOS AQUELLOS
QUE, CARECIENDO DE MEDIOS ECONOMICOS, DESEEN RECIBIRLA.

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA A RAMON Y CAJAL, 27

LA CARCEL DEL SONETO

EUCARISTIA

¿Por qué te he de comer, si me has parido
Tú?: es que otro yo vas a parirme dentro
que, hijo tuyo y mi padre, en ese centro
...me deje de tí huérfano a un descuido.

Y así, muerto a mi error, ¿cómo ha podido
venir de tí y marcharse de tu encuentro
tan justamente que si en mí me entro
hallo vacío el sueño que ha vivido?

¡Oh, Padre, él era el padre de mi mano
y de mi cuerpo! Parricida soy
de aquel que era tu Voz, por mí ahogada.

¡Si él, anhelo inmortal, en mi—lejano—
cuerpo volviese a entrar para siempre, hoy
que, desaparejo, nada por la nada!

FELIX ROS

EL TRINO—por la vanidad

Pájaros hay que el pío por el pío
dan, en el más recóndito verdor
de la rama: la merla, el ruy-señor
y la zumaya: enamorado trío.

¡Píos en soledad!... Bajo lo umbrío
reluce más, anónimo, el tenor,
que, si ve que le miran, el amor
de aquella devoción torna en desvío.

¡Qué primor!: ¡qué pudor, y qué exquisito.
el del pájaro simple y soberano
que ni pide ni sufre espectadores!

¡Ay, qué extremo del vuestro mi prurito,
desvelándose siempre por el vano
eco, merlas, zumayas, ruy-señores!

MIGUEL HERNANDEZ

PROFECIA SOBRE CATALUÑA

(DIJO DON FRANCISCO MANUEL DE MELO)

El *Conde-Duque de Olivares*, sobre todos templado y misterioso, aguardó los votos: casi todos hablaron sin diferencia, hasta que llegando el tiempo de votar a D. Iñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, del Consejo de Estado de España, presidente de su Tribunal de Ordenes, hombre que por su autoridad y larguísima experiencia de negocios era el de que más dudaba, mirólo entonces el Conde con profunda atención, o porque lo temía, o porque deseaba avisarle con los ojos su sentimiento: escuchólo pronto; mas el de Oñate, fija la vista en sólo la razón, fué fama que dijo así:

"A un gran negocio, señores, somos llamados: yo por cierto, sobre setenta años de edad en que me hallo, y con pocos menos de experiencia, atreveréme a decir que ninguno de los accidentes pasados fueron de tanto peso como el que tratamos. Largos días ha que reposa en España la rebelión de vasallos, ya vine a creer en los aprietos presentes, que algunos han vivido templados, más por ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso no me engaña, nación es esta de quien estamos quejosos, ocasionada al precipicio; conozco su natural airado y vengativo, y por eso dispuesto a todos los efectos de la ira; véolos vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos, y sin perturbarme del temor o el odio, voy a temer un gran suceso, harto más lamentable a la experiencia que al discurso. ¡Oh! No hagamos de suerte que nuestro enojo les descubra algún camino que su osadía no ha pensado. Costumbre es de los afligidos abrazar cualquier medio que los excusa la calamidad presente, aunque los lleve a otros nuevos daños: el esclavo oprimido del látigo, se despeña por la ventana; no mira que es mayor riesgo el precipicio que el azote; sólo atiende a escaparse de las coléricas manos del señor. ¿Qué seguridad tenemos, pregunto, de que estos hombres, amenazados de su Rey, no se arrojen por la rebeldía hasta caerse a los pies de su mayor émulo? Mas pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa a rebelde. No es la espuela aguda la que doma el caballo desbocado: la dócil mano del jinete lo temple y acomoda. Si de otros tiempos advertimos en los progresos de esta gente, todos nos informan de su valor y dureza, calidades que piden las armas. En los tiempos modernos amaron la paz como la deben amar todos los hombres a quien gobierna la razón: saboreándose de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias, empleaban todo su orgullo en las pendencias civiles, divididos en bandos y facciones. No habían perdido el valor, aunque lo habían estragado en efectos inútiles. Herido el pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero en las mismas entrañas lo deposita: la ocasión suele ser siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, señores, si conviene volver a despertar esta dura nación, y amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en que fué excelente. Carlos, nuestro invicto señor, juzgándolo así con los holandeses,

puso tan grande estudio en hacerles olvidar las armas, como en inclinar los españoles a su ejercicio, dándoles gran enseñanza a los príncipes de que hay gentes que sirven más a su señor con lo que ignoran que con lo que ejercitan. Siento que es grande la causa con que provocan la indignación de nuestro Monarca, y que si hallásemos un castigo igual al crimen de los delincuentes, yo me dispusiera a seguirle; empero si cualquiera pena cotejada con el delito aparece inferior, entonces sólo la podrá igualar aquella clemencia que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud más propia en los buenos reyes; pero hay casos en que al Príncipe le conviene perdonar sin razón, violentado de la contingencia del castigo. En la dignidad de Rey y en el amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comunes que llevan los hombres a la venganza; de tal suerte, que si la culpa del vasallo o del hijo puede permitir algún olvido y perdón, no se considera dificultad ninguna de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos de la mano del odio o del amor; aquél siempre pide sangre, éste no más de enmienda. Procedió Cataluña ciegamente, yo lo confieso: muestra ahora señales de su dolor; justifícase con voces y papeles, con informaciones y embajadas; llama a la piedad del Pontífice por intercesión, las repúblicas por medianeras; escribe a sus reyes, llora a todo el mundo, pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nómbralos, y limitase a este o aquel medio; publicase por fiel y humilde postrada a los pies de su señor, ¿qué le falta, sino la dicha de que la creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de desprecio; dícese que son vanas y simulado su arrepentimiento; y ¿qué sacamos nosotros de esa incredulidad? ¿De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra desconfianza a su malicia? No hay soplo que así encienda la llama, como la desesperación del perdón da fuerzas a la culpa. ¿Qué es en lo que reparáis? Piden a su majestad les aparte tres o cuatro sujetos ocupados en la gobernación de las armas: poco es esto. Aquí no pretendo discurrir por sus deméritos ni por la justificación de los quejosos; digo empero que es más fácil cosa pensar que puedan errar cuatro hombres, que una provincia entera. Podéis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con buena opinión; no es grande el mal que tiene remedio: no hay ninguno de los acusados (si son como yo creo que son) que no ofrezcan su reputación particular por el sosiego público: si ellos son buenos, así lo deben hacer; si lo dificultan o impiden, no tenéis para qué estimarlos. Sabed, señores, que no hay miseria que se iguale a una guerra civil.

Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hubiese de humillar al primer crujido del azote, no dudo que también fuera conveniente dárselo a temer; mas si por ventura su ceguedad les hiciese proseguir su obstinación, y tomasen las armas en la propia defensa, ¿sería cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro Monarca a la suerte de una o de otra batalla con sus vasallos? ¿Sería buen ejemplar para los otros reinos cualquiera dicha de estos rebeldes? Y con más peligro en esta corona, que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las más de ellas desaficionadas a la fortuna castellana. Apartemos el temor de la suerte; no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruimos, ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por

tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto sino cortarnos una mano con otra, y quedar España con una provincia menos? Y entretanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero yo llamar todos nuestros acontecimientos), ¿cómo nos será posible acudir a Flandes con dineros, a Italia con socorros, a las conquistas con flotas y a todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podría quedar nuestro partido, expuesto a la furia, a la industria y a la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa, o por lo menos natural cosa habría de ser el perder en las provincias externas cuanto en las nuestras ganásemos; y entonces ¿cómo lo podríamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto sería aquella guerra en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la Monarquía padece en sus partes, gozar a nuestra España con quietud. Los Países Bajos y Alemania (que también podemos llamar propia) oprimidos están de armas, Lombardía afligida con su peso, Nápoles y Sicilia atenazados, la Borgoña ni por desierta segura, Alsacia más que nunca fatigada, una y otras Indias en continua infestación de enemigos, el Brasil en manos de una guerra desesperada, las costas de España visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os queréis reservar entero a los ánimos cansados o arrepentidos, ¿dónde habremos de hallar reposo y consuelo? ¿Dónde habrán nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡A gran cosa, a peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu que se encargase de esta novedad! Costoso edificio es este a que pretendéis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderación os llevara el pensamiento a otros casos miserables; empero, si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo; no se cuente (norabuena como referido) qué habría de ser de nosotros si al ejemplar de Cataluña conspirasen o se armasen otras naciones, dándoles esta guerra que apeteceís, no sólo ocasión, sino conveniencia. ¡Ah, señores! Lleno está el mundo de historias, y las historias llenas de sucesos que nos encaminan a la templanza: advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita después de un exceso mayor para deshacer el primero. ¡Oh! No sea así que vuestra impaciencia os traiga a tal desdicha, que vengáis a sufrir en algún tiempo mucho más de lo que no queréis tolerar ahora. Benigno Rey tenemos, y tan piadoso, que sólo extrañará los consejos de la ira, no los de la clemencia, sólo porque casi no los conoce. Ninguno subió tan presto a la inmortalidad por la venganza como por el perdón, porque siendo en los hombres lo más dificultoso, así debe ser lo más estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos. ¿Gimen los catalanes? Oigámosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar a la naturaleza con beneficios, por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el rey de su corte, acuda a los que le llaman y le han menester, ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos, sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplar hallará en su augusto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flandes, con pompa

indigna de César, mas con corazón de César, pasó a los Países, y acompañado de su sólo valor, entró en Gante amotinado y furioso, y lo redujo a obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga su majestad, vuelvo a decir; llegue a Aragón, pise Cataluña, muéstrase a sus vasallos, satisfágalos, mírelos y consuélelos; que más acaban y más felizmente triunfan los ojos del Príncipe que los más poderosos ejércitos."

Era tan grande la autoridad del Oñate, que, ayudada entonces de la suavidad de sus razones y eficacia de los afectos con que las propuso, casi tuvo vueltos los ánimos de aquellos mismos que anteriormente sentían o determinaban lo contrario. El Conde-Duque mostró algún displacer de su razonamiento, y pudo moderarle, confiando en el otro voto, que esperaba habría de desvanecer todo lo dicho.

(De "La Historia de los Movimientos, Separación y Guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV").

LA MAJESTAD DEL NO

El caballero recibe una carta. Eslabón. El caballero escribe una carta, entre meditaciones, paseos lentos por la habitación solitaria, miradas serenas al paisaje cuajado en el espejo de la ventana. Eslabón. El caballero vive, sobre el caballo negramente aterciopelado de la muerte:

—Es la tiranía del terciopelo—dice—. El telar nos fabrica el luto, la representación nocturna de la ausencia. El terciopelo nos ha traído el concepto imperial de la muerte.

El caballero muere, sobre el real caballo de púrpura de la vida:

—¡Oh, la tiranía de la púrpura!... ¡La dictadura elegante de la mano del cardenal! Cuando la tela se convierte en púrpura, la cabeza del hombre sueña el concepto imperial de la vida.

El eslabón se une al eslabón, la anécdota sigue a la anécdota, la carta acompaña a la carta, para formar la cadena, la historia y la baraja: para formar el tiempo, para hacer tiempo a la vida, para hacer tiempo a la muerte: para crear caballeros que reciban y escriban cartas, que jueguen el as o jueguen la sota, pasando su vida, elaborando, como abejas solícitas, la miel temporal de su muerte.

*Entre la vida y la muerte
la carta de la suerte:*

La carta del destino. Porque toda carta se escribe al destino: como toda carta se juega al destino. *Baraja o epistolario*. Esta es la carta que nos gana, aquella la que nos pierde. Mas, entre la ganancia y la pérdida hay una interposición decisiva: la vida y la muerte. El jugador, contemplemos la herradura de su frente, es el correo de la suerte; y el mensajero, miremos la herradura de su brazo, el correo del des-

tino: de los llamamientos y las vocaciones. Entre carta y carta, leída, escrita, jugada, se esconde una pregunta: ¿la suerte, la muerte? La baraja ¿es un juego de muerte?: de vida o muerte: de suerte: de muerte. La suerte es el camino seguro de la muerte. Porque el que tiene suerte se muere, o lo matan: por falta de libertad: como pájaro enjaulado, como católico en cabarete.

Falta de suerte
Falta de muerte.

La desgracia, en cuanto es homicida o víctima de la suerte, es madre de la libertad: madre y padre: madre imaginativa y padre verdadero.

Quien mató a la suerte
se libró de la muerte.

De la muerte cuya visión es el túmulo: la temida muerte negra. Porque la otra, la muerte celestial y divina, la que sobreviene cuando nosotros queremos, cuando el hombre es fruto, cuando al mismo tiempo es otoño y hoja caída por la sola voluntad de caer, por el propio peso de la soledad, esa muerte es puerta de la libertad. En la tarde el silencio es rey, pero también es rey la hoja, rey o reina: *majestad de caer*. Cuando con un suave ademán melancólico el príncipe se despoja de la corona porque llega el otoño real y la corona es hoja, la hoja abandona el trono del árbol, sola, no acompañada por el séquito sinfónico del viento y de las otras hojas, y baja a la tierra a vivir su muerte, a pudrir su vida, a cumplir su otoño: porque el otoño es abdicación.

Hay, pues, que librarse de la suerte: matándola. ¡Cómo nos plantea una baraja o un epistolario el problema de la suerte! Una carta ocupa toda una vida, tal es su volumen espiritual y su densidad humana: porque nos ofrece, para que la resolvamos, la cuestión de la decisividad que va a determinar nuestra vida y muerte: nuestra suerte: de vida o muerte: de libertad. Una carta nos trae, otra nos lleva; una nos da, otra nos quita. Quita y pone la carta la muerte o la vida: el quita-y-pon de la suerte: el quita-y-pon de la libertad: la rueda de la Historia que es la danza de la suerte: la danza de la muerte. La suerte quita y pone la Historia: por esta razón quien vence a la suerte está ya encima del techo mismo de la Historia, tocando con la cabeza el cielo: por encima de la suerte: en las entrañas de la libertad cristiana: en el *no*. Cuando la carta quita o pone—o quita y pone en la terrible simultaneidad de la suerte y de la muerte: porque la carta que nos trae la bolsa nos quita la vida, nos pone la muerte: empapelándonos en el proceso de la suerte—se muestra, descaradamente, como lo que es: carta, al fin carta, baraja, tentación. El que está por encima de la suerte, está por encima de la baraja, de las ocasiones de pecar que duermen en las cartas: es siempre uno y el mismo ante los movimientos de la suerte, las mudanzas de la muerte: *el torbellino de la baraja*. Porque el jugador, o *el que pasa*—que está o vive por debajo de la baraja, por debajo de la Historia, por debajo de la suerte: dependiendo de la

suerte y de la muerte: en definitiva, de la vida—de todo tiene menos libertad: su libertad nace de la baraja, de su suerte, de su muerte: *su libertad es una carta más.*

Nada se hace con sólo la suerte: porque la suerte es en un tris: como la muerte: en un tris se gana o se pierde. Es falso, pues, creer que a todos los hombres la muerte les dará la libertad: ésta se reserva para los que en su vida supieran ser libres, deificando—con la muerte—su humana libertad: proporcionándole suerte —y no muerte—en la otra vida verdadera y eterna. Por esta razón los suicidas, los hombres que jugaron en su baraja la carta de la muerte, van a perderse en la nada. El infierno es el paraíso de los que quisieron ser libres en el mal: con un concepto demoníaco de la libertad. *La suerte hunde su razón de ser—de no ser, hablando propiamente—en la nada: allí acaba el juego de la suerte. El epistolario—o la vida, o la historia—es una baraja; pero el hombre no debe ser un jugador.* Baraja, que no sé jugar—dice Adán—¿para qué?: para jugar a la libertad. *Solamente se salvará, pues, quien huya de la baraja, teniendo a la baraja por compañia:* quien viviendo entre tentaciones use de su libertad: para sobreponerse a la suerte, a la mentirosa fuerza del sino—que es la fuerza incierta del sí y del no. Sí y no, exclama cobardemente el romántico, jugando a la margarita, haciéndose cabeza floral de la suerte, suplantando el sí a la libertad y el no a la muerte, que Cristo nos enseña. Sí y no, grita el ateo—y el ateísmo, o sea *la forma romántica de la creencia en Dios*—negando el milagro y viviendo de milagro, negando la creación y admitiendo la existencia creadora de su persona.

Sí y no de la baraja: cartas de la baraja histórica de una vida, de una suerte, de una muerte: porque a una tocamos. Entre el paso que vamos a dar y la ciudadela de nuestra personalidad se entremete, a veces, la cuña—siempre sangrienta, porque sangrienta es siempre, aún cuando aparentemente no lo sea, la lanzada de la suerte, de la suerte macabra—de una carta. La cuña de la suerte que impide cerremos la puerta de la persona a los ladrones de la libertad. Para algo nos sirve la religión: para presentarnos un problema: de ser o no ser libres; para decidirnos misteriosamente a resolverlo: a que nos resolvamos religiosamente. ¡Cómo juega la religión en una baraja o en un epistolario, baraja al cabo y sólo baraja! ¡Y cómo nos dice que en la gran baraja universal de la muerte hay que inclinarse decisivamente *por la suerte o por la libertad!* Ante la carta beneficiosa, en un avaro sentido de utilidad personal, ¿ha de seguirse el camino impuesto por la carta, por la vida, por la suerte, por la muerte? El camino de la carta es el camino de la suerte, ancho como Castilla, el carnaval de la muerte, porque la muerte anda de mil modos encapuchada y enmascarada de mundo, demonio y carne: la entrada al castillo de naipes. Opongamos al esclavo camino de la suerte, la libertad del arbitrio. El caballero, cuando la carta le habla de espadas, piensa en conceptos: *hace un soneto.* Porque la libertad la tiene en la cabeza—en su cruel cabeza de cristiano—y no en la guerra.

Cuando se repasan las cartas recibidas por alguien durante su vida, un perfume de baraja, de lotería espiritual, nos gana: allí están señalados los posibles caminos que el caballero pudo seguir. Es el epistolario como el cubilete de la

suerte: *el cubilete del sí y del no*. Como la baraja dormida en la mesa, antes de que los jugadores muevan el mecanismo de la fortuna. Pero, *hay algo más fuerte que una baraja: una sola carta*. Es decir, hay algo más fuerte que la suerte problemática de un camino, predeterminado por el azar: la convicción religiosa—y metafísica—del camino que debe caminarsse: *la conciencia de tener la libertad como ángel*, así como se tiene la imaginación como pájaro. Y si creemos que la libertad anda—o vuela—con pasos de ángel, hemos de comprender que su destino será convertirse en ángel. *Las libertades de los hombres libres son los ángeles custodios de los hombres por venir, por libertarse: de la suerte y de la muerte*.

Baraja, para no barajarte, o suerte para temerte y no olvidarte: como enemiga. Baraja del infierno, y de la gloria: epistolario. El nos muestra la escenografía del misterioso teatro del alma. Porque las cartas nos descubren, impremeditadamente, el mundo interior, personal, escondido, de un hombre y de su figura histórica, de su sombra: el mundo aprovechable, los materiales creadores, que en el poema, el lienzo, la novela o la marcha fúnebre, aparecen encubiertos con el antifaz de la ornamentación aparatosa—y estilística—del arte: la intimidad vital e imaginativa del creador y el juego de su creación: *el pintoresquismo íntimo*. Epistolario: *o cómo se hace una novela*. La novela de la persona—casi, la novela de la personalidad—cuya maduración es la profecía. Novela, es decir: *cuando la persona es una profecía de la obra*: cuando se va de la persona a la personalidad, del caos o baraja a la libertad o cielo. *La historia de ese misterioso camino es el epistolario del caballero*, que pasea por su habitación—ahora sin sol, como una naturaleza humana muerta y viva—inclinado suavemente del lado de la libertad.

—¡Don Francisco!

El caballero ha vuelto hacia nosotros su cara y su alma. *El es una cuerda—un estileto, un estilete—que vibra extremadamente*: del humor agrio al humor metafísico. La transformación de los sonidos de su humor se lleva a cabo por la simple contemplación de la muerte y de la vitalidad como muerte. Cuando ejercitamos *el arte de oírse en una carta—en el epistolario de Quevedo, por ejemplo—*adivinamos la vibración de esa cuerda: *de una cuerda que vibra hasta vibrar su propia elasticidad racional, su proyección imaginativa*. El Quevedo epistolar—más humano o inhumano que histórico—, el Quevedo encartado, ¿el Quevedo en zapa-tillas?, es el Quevedo en carne viva: *en humor vivo* (1).

(1) Véase este intento de clasificación de la baraja o epistolario quevedesco (1604-1645): 1) Cartas de juventud o de insolencia pícaro; 2) de negocios de duque; 3) de *Madernelo* o noticiosas; 4) tenorias: están dirigidas a doña Margarita y firmadas de esta manera desenfada-da: "Yo"; 5) de pedir, recomendar y agradecer; 6) políticas; 7) de correspondencia intelectual; y 8) morales y cristianas, de justificación y desgracia: temas muy siglo XVII, *el siglo de las justificaciones*.

En el modo—*en el estilo*—de fechar sus cartas, puede notarse la evolución ascética del espíritu formal de Quevedo: *la modulación de la cuerda del humor, la vibración de la libertad*: "De mi cama"...; "De mi celda"...; "De mi prisión y Torre"...; "De mi leonera de San Marcos"...

El humor es como una llaga: que duele. Este es su extremo social—y sociológico: porque puede hablarse de una sociología de la picaresca, de unas leyes que rigen la sociedad del humor agrio militante. El humor—por otra parte—por el lado misteriosamente personal y religioso, cuando se somete a una prueba de pureza, es una forma de amor: de amor hacia la nada viva que el hombre representa, en cuando éste es un cuerpo que desconoce al alma. El humor metafísico, o humor de la nada, es un poder de disociación. Así, Quevedo al encontrarse con un hombre cualquiera separa imaginativamente el cuerpo y el alma: al cuerpo aplica el estilete y al alma el estilo. Es esta una doctrina platónica que Quevedo aplica a la realización plástica del humor: “El hombre—dice el griego—no es otra cosa que el alma misma; que el cuerpo sigue al hombre como cosa imaginaria.” El cuerpo: ¿quién vió al cuerpo: al cuerpo puro, libre de los pecados biológicos, impuestos por la naturaleza? (1).

El humor nace del pecado original: porque la debilidad provoca la risa—y la risa amarga—como arma de ataque. Si la rebelión satánica separó conceptualmente a Dios y a la Historia, el pecado original lleva a cabo la división de historia sagrada e historia profana: aparece, pues, el humor como una reacción contra la Historia: contra la historia que nos separó de Dios. Pero, el humor puede convertirse en máquina cristiana de in-humanización: cuando se aplica contra el hombre mismo: el hombre mentiroso de carne y hueso. Cuando llevando hasta su último límite la rebeldía contra el cuerpo y contra los cuerpos, contra lo corporal de las almas (lo imaginario, en el lenguaje platónico y quevedesco), contra el mal histórico y el mal metafísico, hinca sus flechas en el corazón de la suerte: oponiéndole la majestad de un no. El no del humor es el no del libre albedrío y el no de la libertad de España como concepto, y no como nación. Es ese el momento—culminante, en la evolución del pensamiento humano y en la historia intelectual de cada hombre en particular—en que el humor se vuelve libertad: en que el humor es la forma satírica—y picaresca—que adopta el ansia de salvación: para humanizarse, in-humanizando. El humor, entonces, es la justificación humana—el cuerpo pide, también, justificaciones: las exige su realidad de cáliz—del no metafísico e inhumano. El humor canta hondo, porque el humor canta: está en las mismas raíces cristalinas del ser. La suerte, en cambio, queda en el pozo subterráneo del no ser, del no ser libre. Por algo, con magnífica estupidez, hacen los hombres de la herra-

(1) *Disociación—por el humor—del cuerpo y del alma. Medítese este ejemplo quevedesco: En una carta, la primera desde su prisión leonesa de San Marcos, “el evangelista de los cuernos”, dice a Adán de la Parra, hablándole del prior: “Llegué pues, y ví las narices del padre Prior, que pueden servir de paraguas a toda la comunidad muy reverenda (sin temor de que les toque una gota, aún cuando sobre ella se enoje Neptuno), y que competiría con mi narigudo de sotana”. Y en otra, le escribe hablándole también del prior:... “sujeto verdaderamente recomendable por su literatura, discreción, bondad y desembarazo para todo lo que sea dirigido al provecho y beneficio del prójimo; pues, porque este lo disfrute, es capaz de despojarse enteramente del suyo”. ¡Qué profunda diferencia—y que reveladora para el estudio del humor—entre el prior del 1639, el de la llegada de Quevedo a la cárcel del convento, contemplado con los ojos del cuerpo y el del 1642, el de la prisión sufrida como un caballero cristiano, visto con los ojos del alma! Y es que el humor camina hacia el amor: hacia el alma.*

dura la representación simbólica de la suerte. Y es que las herraduras hacen los buenos caballos: los hombres con suerte.

¡Cómo canta el humor en Quevedo, afilando en el aire el cuchillo del no y no! Porque la carrera de Quevedo—por el mundo, tontamente encadenado a la muerte—es una carrera de no y no de la suerte, de sí y sí de la libertad: por obra del humor de cada día traído y llevado por el ángel. Pero, el no de Quevedo no es un no solitario y personal—*el no de un Narciso*—: en un no se muere—con él— España: su amada hija España. En los mismos umbrales de la muerte contempla angustiadamente en su drama el drama de la unidad de España: *la vacilación de la unidad*. Porque una nación vive en un hombre, reproduciendo, como edades, sus estilos históricos: como estados de sangre. En una carta dirigida a su amigo Oviedo, fechada el año mismo de la terminación de su vida, ha dejado Quevedo estas líneas impresionantes, que nos espantan al presentarnos el fracaso de una creación histórica: “Esto, señor don Francisco, ni sé si se va acabando ni si se acabó, Dios lo sabe; que hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura”. *Un vocablo y una figura*: un concepto casi: un alma del purgatorio. ¿Quién es el héroe de la tragedia denunciada en esas palabras quevedescas que merecen quedarse suspensas de pavor, como estrellas, sobre el paisaje: todo vocablo y toda figura, pronunciación y geometría: entelequia—de Castilla? ¿El o España? ¿El en España, o España en él? El y España. *Un crepúsculo de miseria*: casi no es cielo un azul cielo robado de aves de rapiña. Hoy puede meditar-se con provecho esa frase de Quevedo. ¡Sólo el reloj de arena y las corridas de toros nos quedan, para ver plásticamente el pasar del tiempo y de la muerte, el ponerse de la suerte de España, a los que asistimos a las corridas del cristianismo en el mundo: cuando el mundo corría el cristianismo hasta los remotos confines de sus esferas! Cuando Quevedo se deshace orgánicamente, se *deforma* España: cuando suena la hora del último no. Va a sentir, socráticamente, el no como cicuta: va a sentir miedo al ver cerca su muerte. El, que ha destrozado con palabras varoniles, como maduración absoluta y cristiana del senequismo, como conceptos, el miedo humano a la muerte: al único sí: el primer sí verdadero de la libertad, el último falso no de la suerte. Solamente, entonces, es Quevedo el “Pata-Coja” de sus enemigos: cojea del pie de la tiranía de la naturaleza, el pie del sí. Como un último temblor percíbese en sus cartas postreras el miedo incurable a la muerte. De nada le sirven los tópicos renacentistas que duermen, como sedimento histórico, en el alma de todo español del xvii, *la retórica moral de la antigüedad* que ellos imitan y practican. Revive en Quevedo la lucha del no y del sí, de la religión y de la historia. La historia, por abandono de Dios, la hace el demonio. El hombre lo crea Dios de la nada y como nada. La batalla del cristiano contra la historia es una batalla por la libertad: por libertar la historia del demonio: de su libertinaje histórico. Es decir, la religión pelea contra la historia para lograr la nueva y gloriosa identificación—que cerrará el fin del mundo—del Dios de la Historia y de la Historia de Dios, del No y del Sí. La historia es una tentación de la vanidad, que es la inmortalidad reducida a metálico. Cuando el hombre venciendo personalmente a su historia propia—al

espíritu de la suerte—logra, por superación, por sobrehistoricismo, ser sujeto histórico es ya sujeto de religión. Porque la prehistoria del hombre termina en la muerte. Quevedo lucha, hasta el cristal del último instante, con el demonio de su Sí, con su demonio histórico y el demonio del sí de España. Pero, su humor le salva: *el quevedesco humor de la libertad*.

El caballero ha quemado la baraja en el brasero. Un humo leve ha vestido de gasa las cosas amadas que le rodean. El ha ido pronunciando, en tono litúrgico, unas palabras que hemos oído:

—La libertad es una constancia: un querer ser libre continuamente, imaginándose un par de horas diarias. A la mañana y a la noche: cuando todo es claridad orlada de cantos de gallos y cuando todo es tinieblas entre toques de campanas. Imaginar—porque el tener sólo es de Dios.

El caballero santiaguista es un caballero velazqueño. Gustamos de llamarle con un adjetivo a la vez calderoniano y típicamente quevedesco: *el caballero constante*. Aun más, elevando el retrato moral a alegoría, le decimos, a veces: *el Príncipe constante del Espíritu*. El caballero ha vuelto a mover las cenizas de su brasero. Ha exclamado con voz clara, solemne, melancólica:

—¡Ay, no!...

El no es una institución cristiana, y el *noismo* la doctrina cristiana sobre la suerte: sobre el sí a la suerte. Cristo al morir nos dice: Os dejo el No. La majestad cristiana—que no humana—del no nace de esa su fundación por Cristo. El nos trajo guerra: la majestad del no viviendo y muriendo en la república del sí: por la libertad. El no es una voluntad de ser—había dicho una vez. El mismo Maestro nos pidió que no cesáramos de elevar al Padre la oración del no:

—*No nos dejes caer en las garras del sí*.

En este momento, en el rostro del caballero dormido—quizá para siempre—se refleja la honda y soberana majestad del no. Instintivamente, hemos hecho la señal de la cruz.

RAMON SIJE

BARAJA O EPISTOLARIO DE QUEVEDO (CARTAS DE HUMOR Y AMOR VIVOS)

1) AMOR Y VIDA

Madrid en coche: o ¡adiós Madrid!—...Nada me extraña del suceso de los Flanquines, que son coches o cocheros de Venus de la Villa; y en cuanto a ellos, os diré que ayer tropecé yo en ese pecado. Tomamos un coche del buen Flanquín, tan flamenco como su amo, disfrazado con camisa, armas de un gran señor fabuloso para mí y para todos; y haciendo de grande, me dirigí a mi diminuta persona,

que me recibió como a quien de coche bajaba. Decir cuanto allí pasó sería deleitarme y no satisfaceros; y como no sea bien pasar el queso por las mientes sin dar un bocado, sólo os diré (volviendo a mi propósito, si creí que le hice) que mi señora me pidió coche para la calle Mayor, y no sé qué fregado decente, y que yo no pude negarle menos a la que es maestra de ellos. La ofrecí coche flamenco para sus antojos; que para tales no hay cosa de mejor satisfacción que los tales barcos de Plutón. No podéis figuraros lo que rueda el pecado en ellos: doncella sube por una ventana, que con sólo pasar por el carruaje sale madre en vísperas por la otra: habiendo dejado caer la flor de su capullo, cámbiala por nueve meses de retortijones, algunos días de angustias y no pocas horas de alaridos, que a esto da lugar la risa de un instante. Pero en retorno aquel coche da al César productos feraces, al mundo pimpollos que produzcan frutos, verduras sin cuento, y carne al infierno. Por este lado estos coches son tan útiles a la república como perjudiciales a la moral; mas, pues que son necesarios, dejemos rodar con su buena ventura estos depósitos de placeres presentes y de pesares futuros, que acaso algún día necesitemos acelerar el paso de la vida en ellos; y máxime yo, que los tengo tan de cerca, que no pasando ninguno en mi humilde carreta, soy más envidioso de las escenas que algunas veces veo, que contentadizo de mi continencia.

Política menuda.—El Conde aquí sigue condenando, y el Rey durmiendo, que es su condición más análoga; hay, parece, nuevas odaliscas en el serrallo, y esto entretiene mucho a su majestad y alarga la condición del de Olivares, para pelar la bolsa en tanto que su amo lo hace de las pavas. Todos gruñen por esto y lo que vuesa merced sabe; pero los sabuesos se mean en los perrillos y siguen adelante. Dios nos asista con pan y paciencia, y rueda la bola, como no nos tope.

Rueda del amor, o con quién me casaría yo.—Desearé precisamente que mi mujer sea noble y virtuosa y entendida, porque necia no sabrá conservar ni usar estas dos cosas. En la nobleza quiero la igualdad. La virtud, que sea de mujer casada, y no de ermitaño, ni de beata, ni religiosa: su coro y su oratorio ha de ser su obligación y su marido. Y si hubiese de ser entendida con resabios de catedrático, más la quiero necia; que es más fácil sufrir lo que uno no sabe que padecer lo que presume.

No la quiero fea ni hermosa: estos extremos pone en paz un semblante agradable; medio que hace bienquisto lo lindo, y muestra seguro lo donairoso. Fea, no es compañía, sino susto; hermosa, no es regalo, sino cuidado. Mas si hubiera de ser una de las dos cosas, la quiero hermosa, no fea; porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quien huir.

No la quiero rica, ni pobre; sino con hacienda, que ni ella me compre a mí, ni yo a ella. La hacienda, donde hubiere nobleza y virtud, no se ha de echar menos; pues teniéndolas, quien la deja por pobre es vilmente rico; y no teniéndolas, quien la codicia por rica es civilmente pobre.

De alegre o triste, más la quiero alegre; que en lo cotidiano y en lo propio

no nos faltará tristeza a los dos, y eso templa la condición suave y regocijada con ocasión decente: porque tener una mujer-pesadumbre, más arrinconada que telaraña, influyendo acelgas, es juntarme con un pésame de por vida.

Ha de ser galana para mi gusto, no para el aplauso de los ociosos; y ha de vestir lo que la fuere decente, no lo que la liviandad de otras mujeres inventare. No ha de hacer lo que algunas hacen, sino lo que todas deben hacer.

Más la quiero miserable que pródiga; porque de lo uno se debe tener miedo, y de lo otro se puede esperar utilidad. Sumo bien sería hallarla liberal.

En que sea blanca o morena, pelinegra o rubia, no pongo gusto ni estimación alguna; sólo quiero que, si fuere morena, no se haga blanca; que de la mentira es fuerza andar más sospechoso que enamorado.

En chica o grande no reparo; que los chapines son el afeite de las estaturas y la muerte de los talles, que todo lo igualan.

Gorda o flaca, es de advertir que si no pudiese ser entreverada, la quiero flaca, y no gorda: más la quiero alma en cañuto o pellejo en pie, que doña mucha o cuba en zancos.

No la quiero niña ni vieja, que son cuna y ataúd, porque ya se me han olvidado los arrullos, y aún no he aprendido los responsos. Bástame mujer hecha, y estaré muy contento que sea moza.

Desearía mucho que no tuviese con extremo lindas manos y ojos y boca; porque con estas tres cosas buenas en toda perfección, es fuerza que no la pueda sufrir nadie: pues las manotadas porque la vean las manos, y los visajes y dormiduras por aprovechar los ojos, enfadarán al mundo. Pues ver una mujer con los dientes de par en par porque se los vean, no es cosa sufrible. El cuidado borra las perfecciones, y el descuido disimula las faltas.

No la quiero huérfana, por ahorrar conmemoraciones de difuntos, ni tampoco con parentela cabal. Padre y madre deseo, porque no soy temeroso de suegros. Las tías tomaré en el purgatorio, y daré misas de más a más.

Daría muchas gracias a Dios si fuese sorda y tartamuda; partes que amohinan las conversaciones y dificultan las visitas.

Si tuviese mala condición, sería otro tanto oro; que una mujer bien acondicionada, todo el año gasta en decir que si ella fuera como otras, y que el ser tan negro de buena tiene la culpa.

Y lo más importante sería si consintiese que en casa viviésemos sin dueña; y si más no se pudiese, que se contentase con que entre los dos tuviésemos media dueña: una viejecita que empezase en tocas y acabase en enaguas, porque la vista descansase de dueña antes de salir de su visión. Y lo mejor y más conforme a razón sería, pues las dueñas son viñaderos de los estrados, que guardan los racimos de doncellas, que la vistiésemos de viñadero con montera, chuzo y alpargatas, y por monjil una capa gascona (que en el pedir algo tienen de jaca), y que se llamase Guñarte, como los emperadores Césares.

Picaresca y ascética de un viaje.—Vine en coche de alquiler, con más carga de años que de trastos, un muchacho y otro viejo; que es nombrar a Morales. Por

la Mancha, en invierno (donde las nubes y los arroyos, como en otras partes producen alamedas, allí lodazales y pantanos), el agua que no se bebe, aún sed rabiosa no la persuade. Fué la lluvia prolija, y yo temía más el vino en el cochero que el agua en el camino. Tal era, que me aseguraba antes del albedrío de dos reatas falsas que de su gobierno.

Llegué a las ventas del Puerto Lápiche, no escogí en ellas; contentéme con una choza que llamaban aposento, en la postrera. Fiéme del vocablo, apenas pude entrar y apenas cabía; todo lo embarazaba una cama, cuya manta era inquietud, mal espulgada, la almohada asco, las sábanas castigo; el jergón, amenaza al sueño y remedio a la modorra, mejor para despertar que para dormir. Cené lo que la huéspedada quiso; de suerte que eché de menos no haberlo comido crudo. Arrojáme devanado en la capa sobre mi hato; debí de dormir algo; no se lo digó a vuesa-merced por verdad, sino por conjetura. Amaneció; bajeza me parece de la aurora acordarse de tal sitio. Habíanle faltado a otro huésped unas espuelas y unas alforjas y un sombrero, y después de grandes voces vinieron a malas palabras y a peores obras; oyóse ruido de espadas y golpes de piedras. Sacónos a todos el alboroto afuera, dividímosle; si bien no fué posible apaciguarle, por haber dos heridos y un descalabrado.

No quiso perder el tiempo la consideración, que si atiende, en todo halla doctrina y estudio. Oíla su voz; y yo se la doy ahora porque vuesa-merced la oiga también y la logre mejor: "Mírame, decía la furiosa ignorancia del hombre, cuán desenfrenado sentimiento muestra por una miseria y dos andrajós que le ha hurtado la venta donde con otros muchos ha sido huésped una noche. Y habiéndos tantos años que de noche y de día es huésped de su cuerpo, no siento los grandes robos que le hace cada hora en los sentidos y potencias: su lujuria le ha robado los pies, y las manos no le sirven sino de verdugós; hale acortado la vista, menos ve que llora; hale derribado las fuerzas de suerte, que el soplo no cuenta por hazaña el trastornarle; la gula le ha desarmado las encías y desempedrádole la boca, hale reducido a vientre embarazoso; el vino le quitó el seso, y le llevó la color y la lengua, aprisionándole la habla, haciéndole dar traspies con las razones, infamándole con el tufo el aliento. La ira le hurta el sosiego, algunas veces la honra, muchas veces la salud, y no menos la hacienda con los pleitos, y la vista con la venganza."

Aquel hombre pareció loco, y fué lección: hizo cátedra el ventorrillo, enseñónos a sentir lo que nos hurtan. Tratemos al cuerpo como a compañero, y temámosle como venta en que somos huéspedes; hagamos la cuenta, y paguemos lo que debiéremos en la posada, y guardemos lo restante para la cuenta que debemos dar. Alto letargo padece el seso humano: en más estima aquél sus espuelas, que nosotros la salud y la vida, y oso decir que la paz de la conciencia; ríñe con quien se las hurtó. Nosotros le agradecemos al cuerpo los hurtos; poco dije, se los persuadimos, y llegamos a reconocerle por deuda lo mismo que nos roba. ¿Qué no hará quien agradece a sus pecados el deleite que le mienten? No he visto hombre malo contento con una culpa, ni cansado con muchas. Ya que nuestro cuerpo sabe ser venta siempre, sepamos ser huéspedes alguna vez; si no supiéremos evitar los

hurtos, riñámoslos, siquiera hagamos de nuestra alma el caso que hizo aquel de un sombrero viejo; advirtiendo que el caminante está en la venta de paso, y nosotros de por vida. Vivamos como entre ladrones, pues sabemos que vivimos en venta, no cuando saldremos de ella.

2) AMOR Y GUERRA

Advertencia a los que pecan con el estómago.—Siendo muerte toda culpa, y muerte que puede serlo eterna, quiero decir, no como de modo que por la gula la cometa. Por ella perdió Esaú su mayorazgo, vendiéndolo por un plato de lentejas. Único símbolo del infeliz, que pierde por ella el mayorazgo inestimable de su alma, vendido por un plato tan vil como es el que apetece la glotonería. Los que esta profesan, sólo viven para comer; pero los templados, sólo comen para vivir. De la comida se debe usar como por remedio y medicina del hambre, no como por regalo del cuerpo. Sentencia es de Séneca "que la sangría de los buenos es el ayuno". Además que por propia conveniencia, como dice Catulo, no debe comerse mucho, pues para no enfermar no hay cosa como la templanza. Y sigue San Pablo diciendo: "Porque la abstinencia conserva la salud mejor que el regalo". Este sólo sirve de ensorbebecer a la carne, que es nuestro mayor enemigo; y es evidente que el que a su enemigo halaga, a sus manos perece. No darle aquello que desee de la comida es grande mortificación. Esta es muy parecida a la muerte, porque la muerte no tiene partes, y la mortificación no se ha de partir, porque está poco aprovechado el que en un tiempo se hace violencias y en otro condesciende consigo. El pájaro que se ha escapado de muchos lazos, si en uno le cogen, poco le importa que de los demás esté suelto, porque éste sólo lo atormenta más en la prisión que en los demás en que estuvo inmediato de perder su libertad. No se debe trabajar sólo en vencer el exterior, sino en sujetar los afectos, que es lo primero; porque logrado ésto, se consigue aquello. Coma el cuerpo lo que le den, pero no le den todo lo que quiera comer; procurando vencerle en el deseo de querer más. Ninguna ley prohíbe que el hombre se alimente, porque es justo; pero de la razón que la da a todas, manda que no se harte; porque, además de ser esto propio de brutos, puede no librarse de culpa.

El silencio como justificación moral: quien calla se justifica. La racional másica silenciosa de Cristo Jesús.—No todos nuestros refranes, amigo mío, tienen adquirido el crédito de verdaderos: el que vuesa merced me apunta de que "el que calla concede", lo es menos que ninguno. Tal vez (así llego a conceptuarlo) dirán muchos, con atención a él: "Quevedo calla a lo que se le imputa, luego lo concede".

No puede encontrarse apoyo legítimo para sostener con nervio y perfecta consonancia la consecuencia que produce esta doctrina. A la que no le falta (me atrevo a decir) el mayor, y nada pondéro, es a la que se sigue: "Quevedo calla a lo que le imputan, luego no es verdad". Que más se disculpa el que calla, que el que con defenderse procura declarar su inocencia, nos lo enseña nuestra vida,

Cristo, con su misma práctica. Todas las operaciones de la sagrada vida, pasión y muerte de nuestro Señor y Redentor amado, fueron para enseñanza de los hombres. Pues en esta divina escuela he aprendido aquel silogismo. ¿Qué disculpa dió aquella divina inocencia a los cargos que le formó Pilatos? Ninguna. Pues, amigo, el gran concepto que el mismo Pilato hizo de lo que era Cristo, únicamente nació de que no se disculpaba.

Vea vuesa merced ahora si puede contradecirse esta doctrina, o si no irá muy bien fundado el que ansiosamente la sigue. Pero del pensar siniestro y antojadizo de los hombres, ni aun se libran los que quieren imitar a Cristo, siguiendo, no sólo la santísima doctrina que predicó, sino algunas de las gloriosísimas operaciones suyas.

Es constante que en estando disculpado para con Dios, lo demás importa nada. Y debe advertirse que aquel a quien castigan por el delito que se le atribuye, en que está inocente, tendrá precisamente otros ocultos que merecen aquella pena; que los rodeos de la divina justicia, para castigo del hombre (o tal vez para merecer más), no son para que los penetre nuestra tan limitadísima comprensión.

El golpe de pecho.—Séneca, aunque gentil, lo aconseja como pudiera San Pablo: "Más es temeridad (dice) que virtud, entregarse a sentir lo que no tiene remedio; porque en semejantes casos, hacer cara a la desgracia y resistir el último golpe con valor, es acreditar de magnánimo el espíritu". Es constante que más parece efecto de la pusilanimidad mal disimulada que del dolor bien manifestado, el entregarse un hombre a sentir una pesadumbre, por grande que sea, de tal modo que sea el mismo que la padece el cruel verdugo de su vida. Esto más parece desesperación que sentimiento, más desconfianza de la providencia que efecto de la pesadumbre, porque en las mayores resplandece el espíritu, manifestando su recomendable resistencia a los mayores esfuerzos de la desgracia, conociendo es harto infeliz, por más dichoso que sea, aquel que en los caducos bienes de esta vida, cuanto respira es felicidad, y cuanto alienta dicha, porque, como dice Séneca: "No hay otro más miserable que aquel que jamás vió el semblante de las miserias".

Debe hacerse el corazón del hombre fuerte a los golpes grandes de las desdichas y de las infelicidades, para manifestar en ellos su magnanimidad, así como el diamante sus brillos, que no resultan de otra cosa que de mostrar sus resistencias a los impulsos formidables del martillo. Así se experimentan los grandes varones; porque rendirse tanto al sentimiento, que todo sea desmayo, no se hizo para el hombre. Y el que esto no observe, aunque lo sea, se dirá de él que la naturaleza, para manifestar sus monstruosidades, equivocó el sexo, pues se lo dió masculino a quien en sus operaciones se caracteriza de mujer.

Nadie sabe quién es nadie: su enemigo.—Más que la ignorancia misma sería yo ignorante si por esto tuviera por malos a los que me persiguen, pues sería dudar (en que faltaba en superior grado a la caridad del prójimo, y al altísimo poder de la Providencia) que de una hora a otra pueden ser buenos. Cuando llegó

Simón a decir de la Magdalena que era mala, ya era santa, habiendo sido poco antes lo que de ella juzgaba. El publicano a quien por pecador desprecio el fariseo, se justificó luego. Estas prontísimas mutaciones obran los inescrutables arcanos de Dios, tan distintos de nuestra torpe limitada humana comprensión, como lo es lo finito de lo infinito; por cuyo motivo no se puede decir de uno con verdad que es malo, pues cuando esto se pronuncie, ya puede ser bueno.

Piense el hombre mal de la fortuna y de sí mismo. Psicología del pequé.—Gran remedio puede ser para el infeliz, pensar siempre mal de la fortuna, porque así no le hallarán nunca desprevenido las desgracias; con lo que se logra hacerlas menos sensibles, ya que no remediablas. Aprender en el libro de lo pasado las lecciones para lo presente, es adornarse de prevenciones para lo futuro; y de este modo, ni las dichas sobrecogen ni los pesares afligen: entonces sale más airoso el sol, cuando venció las nubes que a sus rayos se opusieron. No es más que aprender a ser dichoso el que empieza a ser desgraciado, porque de aquella misma desdicha recoge las experiencias y los sufrimientos que en la prosperidad le faltaban, y le servirán de más grande felicidad cuando llegue a poseerla. Y, en efecto, si cuanto bebemos en este mundo es amargura, y cuanto tocamos adversidad, ¿quién podrá ser tan insensato, que confie en las glorias, y tenga como verdaderas sus aparentes dichas? No es más que una comedia cuanto nos representa: sus mutaciones elevan a una persona en la primera jornada; y a la segunda se ve abatida, para que en la tercera lleguen otras a verse encumbradas. Así va engañando a todos, sin contentar a ninguno, y así llega el último plazo, en que la guadaña da el último y más cierto golpe, siendo lastimoso al que por estar, en el papel que le tocó hacer, preocupado, se halla en la memoria de la cuenta desprevenido.

Ningún nombre de cuantos al hombre han dado los antiguos y modernos filósofos me gusta tanto como los que le dió Epicteto; o ya por lo mucho que dicen, o ya por lo poco que él habla, para decirlo: llámalo luz puesta al aire, fábula de calamidades y esclavo de la muerte.

Gran volumen me atrevía a formar para comentar estos títulos. No me entregaré a esta tarea, por tener otras más precisas en que emplearme, pues estando preso, dicho se está lo mucho que tendré que hacer; que no hay quien trabaje más a todas horas que aquel a quien sin razón (o ya sea con ella) tienen quitada la libertad. Pero vea vuesa merced de paso qué nombre tan propio del hombre: "¡Luz puesta al aire!". No sólo debe entenderse al de este elemento, sino también al de los mismos prójimos. Unos quieren avivarla, al paso que otros consumirla; cuando unos la favorecen, otros la persiguen; unos solicitan verla arder, otros aspiran a quitarla su lucir; unos imposibilitan sus resplandores, otros dan nuevo aliento a sus rayos. Aquel la tira, éste la levanta, el otro la precipita; y en fin, siendo todo diferencias, todo opuestas inclinaciones, todo extremos, y nada seguridades, entre todos la consumen y la apagan. ¡Oh símbolo verdadero de la vida humana! ¡Oh jeroglífico precioso del hombre! Todo pantanos, todo adversidades, todo enemigos; y aun hasta en las mismas dichas, todo tropiezos, tristezas, desgracias, golpes y afanes. Por esto lo llama "fábula de calamidades", porque todas lo son en esta

vida, por más que vengan cubiertas con aparentes luces de felicidad, pues a todas consume al fin la muerte; ya se ve como "esclavo que es el hombre de ella". Y ¿qué siendo esta una verdad de las más conocidas, no quieran muchos hombres creerla; que con tan infinito número de experiencias lleguen a acreditarlo?

Pues crean, aunque no quieran creerlo, que han de morir, y que sólo sirve para lograr buena muerte no haber tenido mala vida; pues siéndolo, aquella será eterna, sin que sirva de efugio aquel que buscan los temerarios, los perdidos y los insolentes. Dicen éstos que para todo da Dios tiempo; que los ardores y efectos de la mocedad se lavan con un *pequé* en la senectud. Proposición escandalosa y malsonante, pues no respira otra cosa que una necia confianza de coger sin haber sembrado. Sea la vida mala por ser todas sus operaciones pecaminosas; que no se niega que aquel *pequé*, expresado en todas las condiciones y requisitos que le corresponde, es apto para limpiar todas las culpas, pero ¿saben los ignorantes que prorrumpen en aquella desatinada proposición, si tendrán tiempo para decirlo? ¿Les consta que las muertes repentinas no pueden cogerlos? ¿Saben si, aunque mueran en sus lechos, estarán sus entendimientos tan despejados, que puedan conocer en el peligro en que están sus vidas y sus almas, y pronunciar debidamente el *pequé*? Y ¿saben últimamente si aun cuando lo digan, será como se debe, y de modo que, ya que no sea contrición, llegue a ser atrición? ¡Oh simples, desviados enteramente del camino de la perfección, y entregados en todo en los brutos brazos de los vicios! San Pablo los aconseja, por más que no quieran observar sus avisos: "Vivid (dice el Apóstol) como quisieréis morir". Y San Jerónimo dice "que se haga en la vida aquello que se quiere hacer en la hora de la muerte".

Cruz y cruz-y no raya.—La mayor corona siempre remata en cruz. No hay en esta vida quien de la suya se escape. Aun las bendiciones de un padre no se dan sin la cruz, y a más bendiciones más cruces. No porque se mire más inmediata al sol, está menos distante el águila del fuego; antes bien puede conocerse que cuanto más empinada una torre, está más cerca de aquel mayor planeta, pero no más lejos del rayo; y que lo que se halla más vecino a la luz hace más sombra. Necio es quien se asegura tanto de sí mismo, que sin temer su caída, a todos se presenta airado; porque hasta llegar al puerto vive expuesto a una tormenta el bajel. En no sabiendo regir con prudencia los bienes cuando se alcanzan son nuevos males, que como enemigos ofenden. Por esto aconseja Séneca que "nunca es más desdichado el hombre que cuando está elevado sobre la columna de la dicha, y por su tiranía es aborrecido de todos; cuantos sintieron su gobierno como azote, harán experimente sus sentimientos como castigo".

Porque le relucen al mochuelo los ojos, vuelan las aves a quitárselos como pueden, y porque se quiere adelantar a los otros árboles el almendro, parece que cobechados contra él se conjuran los tiempos. Este vidrio frágil de la fortuna (que parece en el concepto de algunos de bronce) se quiebra, o a lo menos se empaña con un aliento; porque pendiendo el vivir de sólo alentar, si un aliento construye la organización de la vida, otro nos arrima a la gran máquina de la

muerte. ¡Y que el hombre que mereció a su dicha aquella eminente que goza, no medite (por estar enteramente imbuído de ella) que si a veces el hacer bien a uno origina peligros, qué no podrá causar el hacer mal a tantos!

Milicia, milicia, y todo milicia.—Yo, que soy el escándalo, escribo a vuesamerced, que es el ejemplo; y siendo tan diferentes, encaminamos a los otros a un mismo fin: yo en que nadie haga lo que yo he hecho; y vuesamerced, en que todos hagan lo que hace. Tanto se sirve la virtud, del horror que da el malo para el escarmiento, como de la virtud del bueno para el crédito.

Hasta en el dejar vuesamerced de ser soldado se muestra buen capitán. No deja el oficio, lógrale y mejórale. La guerra es de por vida en los hombres, porque es guerra la vida, y vivir y militar es una misma cosa. Dejar la compañía propia por la de Jesús es seguir mejor bandera, asegurar el sueldo y la corona, que sólo se da el que legítimamente pelear; merécese, y no se negocia. Da el premio el General por los trabajos con que él nos le ganó; nada nos manda ni pide que primero no lo padeciese por sí; no por relaciones sabe lo que cuesta; ni puede ser engañado ni engañarse.

Alta y descansada seguridad es esta para quien ha padecido las envidias de los hombres y las trampas de la fortuna. El soldado que se vuelve a Dios, y deja a los ejércitos por el Dios de los ejércitos, asegura el oficio, no le abandona. La mayor valentía es el huir el furor de las batallas.

A esta paz, contra mis enemigos belicosa, quedé tan pobre como si hubiera vivido bien, y tan delicente como si hubiera robado el mundo. Ví cobrar este propio estipendio a los grandes señores que ví mandar las armas; y a los que ensordecieron con rumor la tierra, y fueron amenaza de grandes poderíos, les fué postrera cláusula de su vida cárcel desacreditada. Recorra vuesamerced su memoria, y hallará cementerios de ilustres cadáveres, y horribles como los huesos y prisiones de los que acompañó y le dieron órdenes.

Sólo vuesamerced ha logrado este desengaño, pues deja la compañía de que es capitán, por ser soldado de la compañía de Jesús, cuyo teniente es el glorioso patriarca San Ignacio. Su bandera deben seguir todos los arrepentidos de la milicia del mundo; pues él, siendo soldado tan hazañosamente valeroso, fué fundador (digámoslo así) de la soldadesca reformada e infatigable para las conquistas de Dios. Fundó aquel soberano cántabro una orden o ejército, que conquista con palabras en los púlpitos el conocimiento; con el oído, en los confesonarios, la enmienda; con la lengua en las cátedras bate la ignorancia; con las plumas en los escritos, la herejía; con la modestia y decencia religiosa de sus pasos en público, la desenvoltura mal recatada.

y 3) AMOR Y MUERTE

La naturaleza como retrato de la muerte.—Considero que la vida a que nació, es tan poca que no sé qué pueda decir nadie: "Vivo"; pues lo pasado ya está en poder de la muerte, tirando de lo por venir, que sólo tarda en pasarse lo que

tarda en llegar; pues lo presente, que en un instante deja de ser futuro, parte a pretérito; y mientras uno dice: "Vivo", aguija a la muerte, y con las obras desdice y desmiente las palabras. El mal que nos hizo naturaleza en darnos vida trabajosa, desquitó y satisfizo en darnosla corta. Estratagema fué suya quitarnos la razón cuando nacemos; porque tenerla y saber a qué veníamos, hiciéramos desesperadas diligencias por hacer un dolor el del nacer y el morir. Pues ¿cuál hombre (que sabe de qué generosa casta es el alma, que mal vestida la traemos, disfamada en los deleites del cuerpo) dejará de conocer cuánta lisonja le hace la muerte en apresurar los pasos con que por este camino va a la patria?

Diránme que vuelvo los ojos a la hermosura de la tierra, a la luz del sol, a los amigos, a los parientes, a los padres, a la hacienda, a los deleites y gustos; y que sin duda lloraré por el que de enmedio de estas cosas, y de su edad, es arrebatado. Y lo primero que miré como consuelo, fué ver que salía libre de estas mismas cosas; pues en la hermosura de la tierra no deja otra sino memoria de su fin. ¿Qué otra cosa dice la primavera hermosa que una niñez, a que después (por las vueltas del tiempo) sucede la juventud de un verano, y luego la consistencia de un estío, y tras él la vejez de un otoño, y últimamente una muerte helada de un frío invierno? Y pocos son los que no se quedan en lo tierno de la niñez. ¿Qué otra cosa es una flor, sino un retrato de la vida del hombre, en cuya hermosura tienen poder todas las mudanzas del tiempo?

El sepulcro humilde.—De nada ha de cuidar un hombre menos que del sepulcro. ¿Qué piensa el que suntuosamente le adorna, y toda la vida anda solícito de su entierro? ¿Por ventura, no de la misma suerte descansa en muda piedra el no conocido, que siete pies ocupa, que el que está detrás de bultos y epitafios? ¡Dichoso el plebeyo que muere en Dios, que con la corrupción de su cuerpo fertiliza la yerba que piadosa le cubre! (1).

(Selección de R. S.)

(1) Estos fragmentos maravillosos están tomados de las cartas que escribió Quevedo a doña Inés de Zúñiga y Fonseca, condesa de Olivares (1633), a don Alonso Mexía de Leiva (1629), a don Diego de Villagómez (1643), a don Antonio de Mendoza (1632), y, principalmente, a su amigo don Juan Adán de la Parra, en diferentes épocas, adversas o alegres, de su vida.

EL TORERO MAS VALIENTE

(DOS ESCENAS)

ESCENA IV

DE LA FASE INTERIOR DEL TERCER ACTO

José y Soledad

JOSÉ

Soledad, espera...

SOLEDADE

Estoy

desesperada, y no vengo
a esperar.

JOSÉ

Soledad, tengo

que hablarte mucho, y me voy
si tú esperarme no quieres,
a desesperar también.
Ten paciencia, niña, ¡ten
paciencia y no desesperes!

SOLEDAD

Si me mata tu presencia,
¿cómo pide tu pasión
a mi desesperación
lo que no tengo: paciencia?
Vete, y deja a mi amargura
vivir con tranquilidad.

JOSÉ

¿Cómo podré, Soledad,
si me imanta tu hermosura?
Si hacia ti más me arremete
el brío de tu desdén,
como si dijeran: ¡ven!
tus labios, en vez de: ¡vete!
Si aunque me fuera, mi amor,
que me puede y me atropella,
se iría tras de tu huella
por el aire de tu olor

SOLEDAD

¡Ni a sol ni a sombra me dejas!

JOSÉ

No olvides que fui torero,
y a sol y a sombra te quiero,
Soledad; ¿de qué te quejas?

SOLEDAD

De que me sigas.

JOSÉ

¿De qué?

SOLEDAD

De que me mires.

JOSÉ

¿Aun más?

SOLEDAD

De que me ames.

JOSÉ

¿Querrás

lo contrario?

SOLEDAD

Sí, José.

JOSÉ

¡No puedo hacer tanta cosa!
Pues ¿qué culpa tiene, dí,
este pobre yo de mí
de que seas morena hermosa?
Por fuerza, de tus serenos
rayos seré girasol,
que, como soy español,
tengo los gustos morenos.
¿Quieres que no llegue a verte?...
Déjame ciego... Mas, noto,
que aun ciego, ciego remoto
te vería hasta mi muerte.

¿Cómo no amar con excesos
la vida que te hace a tí,
si, desde que yo nací,
mi carne está por tus huesos?
Te seguiré: es mi destino
seguirte, aun fuera del mapa,
como persigue la capa
que mira el horror taurino.
Igual que el pez el anzuelo
y la corriente el remanso...

¿Por qué no tendré descanso
a la umbría de tu pelo?

Te miraré, te querré
mientras la sangre me enrede;
mientras a la tierra quede
un poquito de José.

SOLEDAD

Pues mientras me queden venas
he de oponer a tu amor
resistencias de rencor
alimentado con penas.

JOSÉ

Soy raíz que el tallo guía
al amor de la humedad,
Soledad.

SOLEDAD

Soy soledad
que no admite compañía.

JOSÉ

¡Ay, mi Soledad de rosas,
y jazmines y crueldades:

si todas las soledades
 fueran como tú de hermosas!
 Soledad, deja esa saña
 por este cariño que
 no me deja solo: sé
 soledad con mi compañía.
 Para que te habite un hombre:
 yo, Soledad española,
 te hizo Dios. ¿No ves qué sola
 estás dentro de tu nombre?
 Soledad, haz mi fortuna
 deponiendo tu crueldad...
 Deja que mi soledad
 a tu soledad se una.

SOLEDAD

No quiero.

JOSÉ

Es que junto a ti
 soy el hombre puro y neto,
 me siento el varón completo
 que hasta que te hallé no fui.
 Te necesito, mujer;
 soy ciego y quiero cayada;
 soy sed, y en tu sosegada
 corriente quiero beber.
 Y frutal en absoluto
 lleno soy, que sufre y suda
 porque le acerques la ayuda
 en donde apoyar su fruto.

SOLEDAD

Camina, apóyate, bebe
 lejos de mi corazón.

JOSÉ

¿Es el polo tu nación?
 ¿Es tu ascendencia la nieve?

SOLEDAD

¿Eso parezco?

JOSÉ

Al anhelo

del ardiente pecho mío,
 pareces novia del frío
 en tu obstinación de hielo.
 Y mis imaginaciones,
 de tus frías apariencias

les buscan las procedencias
 a heladas generaciones,
 allá en celestes alturas;
 donde todas las mañanas
 amanecen soberanas
 frialdad, reses y blancuras.
 Dáme algo, aunque sea poco,
 mujer; que, cuando no hay nada,
 ni lo mucho desagrada
 ni lo poquito tampoco.
 Yo te digo...

SOLEDAD

¡No me digas!

JOSÉ

¡No te alejes!

SOLEDAD

¡No me llames!

JOSÉ

¡No me odies!

SOLEDAD

¡No me ames!

JOSÉ

¡No me huyas!

SOLEDAD

¡No me sigas!

JOSÉ

¿Me desprecias?

SOLEDAD

¡Te desprecio!:

¡te maldigo!

JOSÉ

¡Yo te adoro!

SOLEDAD

¡Yo te odio!

JOSÉ

¡Yo te lloro!

SOLEDAD

¡Soy tan fiera!

JOSÉ

¡Soy tan necio!

SOLEDAD

¡Calla, que me vuelve loca
 oír de tu amor! ¡Calla!

JOSÉ
¡ Vida,
pónle a mi boca en seguida
la mordaza de tu boca!

SOLEDAD
¡ Vete!

JOSÉ
¿ Como, Soledad,
si tengo en todas mis venas
injertadas las cadenas
que echaste a mi voluntad?
¡ Mi voluntad!, que está a punto
de no hacer nada, mujer,
si tú no le das quehacer
de amor...

SOLEDAD
¡ El mío difunto
lo llevo en el corazón!

JOSÉ
Entonces, permíteme,
niña, que a tu lado esté
hasta su resurrección.

SOLEDAD
¿ Su resurrección?... ¡ Jamás!
¡ Adiós! ¡ Jamás ha de ser!
(*Se va hacia dentro.*)

JOSÉ
¡ Adiós, Soledad, mujer!
¡ Adiós, mujer, si te vas!
Yo también... Seremos dos
los idos en esta ida:
tú a la vida de tu vida,
y yo ¿ adónde?... A Dios. A Dios.
(*Se va yendo hacia la calle.*)

ESCENA V

José y Pinturas

PINTURAS
¿ Dónde vas con esa traza
sería, José?

JOSÉ
¡ Voy en pos
de nada... y a ver a Dios,
que me lo dejé en la plaza!

MIGUEL HERNANDEZ

PICOTAZO

“EL GALLO CRISIS” Y LOS ESCRITORES OFICIALES DE MADRID

Madrid es como la gran verbena de los hipócritas. Un letrado dice: *Se venden caretas para escritor*. Más allá puede leerse: *Hay tíos ministros para escritor*. Lejos del bullicio verbenero un puesto vacío: *Se agotó la pureza hace tres siglos*.

EL GALLO CRISIS está en contra de toda clase de clanes, capillas y capillitas, logias y clubs. EL GALLO CRISIS está en contra de la simulación, falsificación o desviación religiosas, el cunerismo literario y la hipocresía personal y profesional. EL GALLO CRISIS no cambia, no vende, no se quita la corona sangrienta de su cresta.

Se explica fácilmente que los escritores oficiales de Madrid—que le conocen—estén en contra de EL GALLO CRISIS. Pero, él sigue ahogando sus lamentos y articulando sus gritos. Hay que verlo sobre los muros de la corraliza estirarse hasta el cielo en un supremo esfuerzo de cantor apostólico.



LAS VERDADES COMO PUÑOS

EL ARTE DE COMULGAR.—LA LIBERTAD Y EL OTOÑO.—EL CASO DE CONCIENCIA.—MAGDALENA, GUARDA TUS FORMAS.—EL CASO AZAÑA O EL CASI AZAÑA.—LA CONCEPCION ETEREA DEL DINERO.—SE NOS MUERE DON PIO.—CUATRO CABALLEROS DE FRAC O CUATRO GRANUJAS SIN TACHA.—LO QUE HIZO ESPAÑA Y LO QUE PIENSAN HACER LOS ESTADOS UNIDOS.—LA CRUZADA CONTRA EL CUCO.

LA llegada a las almas de la primavera de la hipocresía coincide con el apogeo de las artes del sacrilegio. Es triste y doloroso confesar que la llamada educación católica—de colegios y seminarios—ha ido llenando el mundo de sacrílegos. Cuando no se podía comulgar, por no tener el valor necesario para descubrir el misterio individual ante un hombre, se componían unos ojos aparentemente humildes de gonzaga, ojos sin expresión humana, ojos peligrosamente desviados, abriendo el pecho a la traición, a la consumación del sacrilegio. Se creaba, así, una representación externamente agradable de la personalidad podrida. Pero, *preferimos el mal a la apariencia del bien*. Porque cabe la resolución milagrosa del mal, mientras que el bien simulado acaba por engañar al mismo sacrílego, convirtiendo su cara en máscara. *Nos parece peligrosa la frecuencia con que ciertos hombres acuden al sacramento de la Eucaristía*: porque llegan a ver en la sagrada Hostia una especie de cotidiano desayuno; porque, a veces, la fuerza de la costumbre les lleva a la debilidad del sacrilegio: cuando es necesario mantener, aun al precio del alma, un prestigio social de santidad. *El arte de comulgar, como defensa contra el sacrilegio, es el arte de preparar un sepulcro*: el sacrilegio, únicamente, el arte de blanquearlo. Cuando el cuerpo se escapa del cuerpo nos hacemos sepulcro. ¡Ay, del cristiano que comulgue con el cuerpo hundido en el pantano del cuerpo! Queremos creer que Cristo huye de la Hostia que toma el hipócrita o el sacrílego.

Cristo huye: porque no quiere dormir en el cuerpo. Cristo busca una transparencia donde transparentarse, un cristal para hacerse cristalino, un delicado espejo que haga imagen su figura: un sepulcro donde viva nuestra muerte para redimirnos.

EL otoño nos trae el deseo de la imitación de Cristo. El fundó una religión otoñal: donde juega el campo reducido a parábola, y como una hoja más de un árbol: la libertad. Es el otoño definición, y no paisaje; libertad, y no libertinaje. Nos gusta el suelo otoñal mullido de hojas quietas, como un teclado que espera la mano del pianista que nunca llega. Cuando el viento las levanta, y las proyecta, pictóricamente, contra los cielos se forma ya el paisaje: la historia, música o pintura poética del otoño. Mas esto levemente nos desagradó: porque es lanzar al otoño a un juego teatral de representaciones. La hoja volando, teñida del amarillo otoñal, puede confundirse con el pájaro solitario del salmo: cuando sólo es una hoja. La meditación del otoño, reclinados sobre la madre tierra iluminada de sol poniente, es la meditación de la libertad. En el otoño, el mundo se libera del volumen y del peso: es decir, adquiere libertad. Meditamos, ahora que Unamuno ve coronado su otoño, sobre el pensamiento y el sistema de don Miguel de Unamuno. Como la hoja en el suelo: en la posición perfecta de la libertad: así lo queremos. Cuando es paisaje, cuando es libertinaje de la más alta estirpe, espectáculo curiosamente español, libertad como caso, hoja que vuela para caer humillada, nos parece que pone a la libertad en un conflicto apurado. *Porque ocurre que Unamuno no se decide a ser completamente libre: llevando a la libertad a su conclusión lógica: a su conversión en hoja caída.* Hay que comprender que la libertad es una cruz: que nos hace sufrir y que nos pesa. Quizá Unamuno le tenga miedo a la libertad: porque teme los gestos de espanto, y el escándalo consiguiente, de los que llevan la inteligencia hasta el idiotismo, cuando vieran que no existe una perfecta coincidencia entre el Unamuno del libertinaje histórico y el Unamuno de la libertad otoñal: cuando observaran que la última palabra de libertad pronunciada por Unamuno era *una negación histórica*: una salvación, por tanto. La libertad otoñal tiene como mérito mayor el no parecer libertad: es el momento *de la humillación absoluta de la libertad: cuando la libertad muere en Cristo.*

EL hombre de estado se asemeja al confesor: es el confesor de todo un pueblo: *el confesor de un penitente reducido a idea.* Debe, pues, el gobernante propugnar una política de casos de conciencia; una política como arte de resolverlos; una política que diga a cada hombre, que es el nombre humanista del ciudadano: *planteate en cada acto de tu vida el caso de conciencia*: porque sólo haciendo esto cada prójimo es posible la vida civil. Planteando continuamente el caso o los casos de conciencia—es decir, la posibilidad moral o inmoral de todas nuestras acciones: *el más acá o el más allá del bien y del mal*—se llega al fondo de la caridad: del amor al prójimo: *solamente, entonces, se habrá agotado racionalmente la posible existencia del mal.* Decimos *racionalmente*: ya que cabe la intervención extraracional del mismo demonio. La política podría intentar el agotamiento del mal. Pero, se ha ido diciendo y escribiendo que la conciencia—cosa sutilísima de la

teología casuista—no se hizo para los hombres de estado, hombres al parecer sin estado y sin alma: doctrina de resultados prácticos, e históricos, verdaderamente desastrosos. ¡Quién sabe si esta sangre que hoy nos ahoga a todos podría haber sido evitada con la meditación de un político que se hubiera sentido hombre, o más bien: *hijo!* Porque el drama—y el melodrama—se evita, de una manera sencilla: *haciendo, en el silencio más terrible de la noche, una pregunta a la conciencia.*

ESTE siglo que vivimos nos ha descubierto a la mujer: *nos ha desnudado a Magdalena.* El deporte de la carne al aire libre ha hecho de la mujer un secreto a voces: era antes como el misterio que, haciendo uso de un solemne rito católico, sólo descubría, en actitud de oficiante, el marido. *La mujer era un sacramento, hoy es un arte.* Ha hecho su aparición un personaje de tipo napoleónico: el modisto; y un modelo ideal de la plástica de la mujer: el figurín. Se han creado el sol, la playa, la montaña, el rubioplatinismo, las artes médicas de la belleza y el cine. Magdalena, ayudada por tantos cómplices, servida por el arte descompuestamente materialista y por el capitalismo, ha destruido la norma bella del pudor, la doctrina de la vergüenza. Es un recuerdo melancólico—que se hace a veces realidad en algunas mujeres campesinas y populares, en ciertas señoritas del antiguo régimen femenino—*la mujer con paisaje de humanidad:* de leche creadora y del sudor del trabajo. Y es que el vestido tradicional se hacía—teniendo en cuenta el cielo y la tierra, la estación y la ciudad, la belleza y el decoro—para la mujer: el modisto ha construido, en cambio, cuerpos de mujer para figurín. Pedimos la mujer sin aparato: cuyos pechos sean fuente de vida, ilustración finamente sensitiva de la maternidad, y no producto de la novísima—picaresca, y aun pornográfica—ortopedia de la belleza. La mujer ha huído de la ropa interior—de la clásica ropa interior defensiva, que mantenía el clima humano de la sangre—haciendo una serpiente de sus formas. Vuelva la mujer, que hasta ha desterrado de sus nombres a las vírgenes católicas que las custodiaban, a la camisa y a las enaguas, a la ropa blanca, holgada, honesta, cristiana, que sirva de lecho al cuerpo; que sea: *como la piel de un fruto.* Vuelva la limpieza a los ojos de Magdalena: *porque la coquetería en el vestido, en el afeitado, en la mirada y en el ademán, hacen la coquetería orgánica de la carne.* ¡Cuántos adulterios hacen cometer tus ojos, Magdalena! Hasta en la iglesia distraes al sacerdote con tus movimientos. Baja los ojos a tus pies, y mira luego. Prueba, entonces, a besar: ensaya un beso casto.

CON un lenguaje partido—y no piadoso—un heterogéneo grupo de auténticos intelectuales e intelectuales de paotilla han escrito un documento en el que reducen a caso jurídico el caso profundamente humano de don Manuel Azafia, para intentar defenderlo. Apesar de la argucia dialéctica—verdaderamente tenebrosa, en la que juega el falso jesuitismo al revés que como reacción personal contra el otro, real y profundo, hoy también desviado, se ha ido formando en estos últimos años—de que hacen uso, al decir que no defienden al señor Azafia sino “a la civilidad española”, es decir, a un fantasmón jurídico, no logran el propósito

de la defensa, ni siquiera el hacer simpático, con un poco de ingenio y sentimiento literarios, el caso Azaña: porque el pueblo está harto de esa concepción abogadesca de la vida y del hombre que pretenden imponerle las "élites". Porque, además, junto a los que hablan en ese desdichado documento—documento de papel, al cabo—por una pura pasión de justicia, están, debidamente enmascarados, catalogados en un orden alfabético e hipotético de profesiones, los otros: los que comieron y no comen. Y eso que hábilmente se han escamoteado de la lista de los firmantes ciertos nombres demasiado peligrosos, y eso que se han alternado las firmas detonantes utilizadas con reputaciones inofensivas, saludables, inocentes y hasta cristianas. La razón de este fracaso es bien sencilla: hay que defender a don Manuel Azaña como hombre desgraciado, y no como político en desgracia. Nosotros pedimos a los cristianos que le combaten que muden la saña en serenidad. El ha hablado de Castilla, en sus discursos de jefe político, con palabras bellísimas de artífice, que demostraban el drama hipócrita que estaba viviendo en la política: en lo que él llamaba *una política*. ¿Quién de vosotros se atreve a acusar a un hipócrita a la fuerza?: la historia de España—oidnos los que os llamabais católicos y monárquicos, y malograsteis la vida y el pensamiento de Azaña—os escucha y os acusa. Don Manuel Azaña era un hombre *solp*, con un miedo terrible a *la soledad del ser*: que es una de las manifestaciones que adopta nuestro temor al tiempo. Como le abandonamos, él buscó un negocio político, una muchedumbre, una partida: como quien busca compañía por un miedo metafísico. Quien no puede ser general se lanza locamente como guerrillero por esos campos del diablo: *nadie como el guerrillero castizo ha sentido la soledad y la soledad de España. Azaña era un valido sin rey. ¿Por qué no le dimos rey, españoles?* El ha tenido que imaginarse un rey, para servirlo como ministro: *una hipocresía como sistema*. Hemos preferido que viva, en la misma manida del bandolerismo político, convertido en un eterno casi Azaña, a que fuera el don Manuel Azaña de cuerpo entero—y alma española—que hubiera debido ser.

LA relación entre el capital—el pequeño capital sobre todo: *capital adquirido por el ejercicio doméstico de la miseria*—y los no capitalistas, la relación entre el dinero y la pobreza, se manifiesta en una estrechísima red de préstamos usurarios. Perfilemos la figura del pequeño capitalista, del usurero corriente: él ha obtenido el capital a costa de innumerables privaciones propias, como producto de una complicada administración de la miseria, y él quiere aumentarlo con las privaciones personales y familiares de los demás, formando—*así*—una cadena reproductiva de miserias. Ojo al verdadero peligro, que no está en el préstamo del gran capitalista o del capitalista anónimo, sino en los préstamos de las cinco a las cinco mil pesetas hechos por el prestamista de las veinticinco a las veinticinco mil pesetas. *Para aquellos el dinero tiene un valor puramente imaginativo, para éste un valor sangriento. Porque—en definitiva—el dinero tiene un valor de miseria*: la relación entre los contratantes del préstamo es una relación de miseria: de sangre: sangre o miseria que da, sangre o miseria que pide. Revisemos, pues, cristianamente el concepto jurídico del préstamo. La sociedad se libertó histórica-

mente de la tiranía personal cuando desapareció la esclavitud. Hay que hacer desaparecer *la nueva tiranía personal y sangrienta del dinero*, dando libertad a los míseros esclavos del dinero. *El dinero como valor*—como valor objetivo—*no existe*. Se impone—por tanto—*la concepción etérea del dinero*: porque la justificación del dinero es la misma justificación del aire: dinero y aire cumplen o satisfacen una función meramente animal: *vivir digestivamente*. Como una corriente de aire exista en la sociedad *una corriente de dinero*. Como el aire favorece la respiración, así favorezca el dinero la digestión: como el aire, airosamente, y no de *manera mercantil*, poniendo precio a la miseria y a la sangre. Porque, *abstractamente el dinero es nada: sólo tiene vida material en la limosna*. Propugnamos—y ésta es la conclusión de toda una teoría cristiana del dinero—el préstamo sin interés. *El interés del préstamo es la garantía honrada de la devolución*.

ACABA de contestar Baroja a la pregunta del periodista: “Existe también algo que nos aglutina a todos en un momento de apuro: la fe religiosa”. ¿Hemos oído bien? Pero, Baroja aun ha dicho más, después de aducir un gráfico ejemplo: “El caso es que la religión está dentro, y bien dentro”. Ya no tenemos duda alguna. Don Pío está viejo, y se nos muere el día menos pensado. Hay que llamar al cura que confesará a Baroja. El—como todos—ha esperado llegar al borde de la muerte para acordarse de la fe: *que es también una herencia*, como dicen para justificarse, a la vez, con la incredulidad y con la creencia. Pero, la fe no puede madurarse frutalmente en el momento de la muerte, si antes no se crea con una callada manera de labrador. No sirve de nada a los hombres el típico y generalizado arrepentimiento condicional: *por si acaso hubiera otra vida*. Es la máxima cobardía el cortar, por un acto de miedo biológico, la elasticidad del ateísmo; una jugada de la bolsa de la salvación, una operación de financiero:

—Don Pío, don Pío, ¿por qué te has abandonado?

VOSOTROS creiais, caballeros de frac, que el dinero lo era todo: cuando solamente servía para mantener vuestra existencia y vuestro nombre. Vosotros, caballeros de frac, constituiais las fuerzas vivas—y tan vivas—, los cuadros oficiales de las personas de orden—del orden cimentado, naturalmente, en el dinero—: cuando sólo érais unos granujas elegantes, de elegancia adquirida: los cuatro granujas sin tacha. Vosotros, caballeros de frac, engañasteis, usuparteis, seducisteis: al engaño cubristeis con el frac, a la usurpación con el nombre comercial acreditado, a la seducción con plata y oro, con los metales innobles. Vosotros, caballeros de frac, hicisteis un capitalismo imperialista, que por reacción originó *el capitalismo sentimental de la envidia* del pobre, del obrero y del campesino. Pero, el frac va a pagar los pecados de la blusa y de la camisa: vosotros responderéis de los crímenes que cometieron los pobres de espíritu y los desheredados incitados por vuestra soberbia; vosotros responderéis de los robos, de las blasfemias, de los adulterios y de las calumnias que motivan vuestros palacios, vuestras conversaciones, vuestras mujeres y vuestra mentirosa vida. Caballero, abandona el frac: que termina en mortaja. Caballero, despierta que el frac te tiene dormido.

Caballero, vamos a hacer con tu frac escapularios. Caballero, pon en tu heredad el frac como espantapájaros: así evitarás que vengan los cuervos y te saquen los ojos.

EN los lugares más escondidos de los periódicos aparecen las noticias, con carácter metahistórico, que nos impresionan. Véase el contraste de estos dos sucesos—que podría ser el fondo de un ensayo que se titulara: Espiritualismo y capitalismo o el siglo XVII y el siglo XX—: “San Juan de Puerto Rico. Al regresar de un viaje por España, el profesor Clemente Pereda ha andado veinte millas descalzo, bajo la lluvia, llevando un crucifijo. Ha manifestado que los problemas de Puerto Rico sólo pueden resolverse por el camino espiritual, con sacrificios y tristeza”. Esta es la lección del Espíritu. A su lado coloquemos la sinfonía bárbara de la Materia: “Nueva York: El senador republicano del departamento de Idaho, señor Whitten, ha declarado que piensa presentar en la próxima legislatura un proyecto de ley solicitando la legalización de las corridas de toros, para poder así dar salida al ganado, que muchas veces, y a consecuencia de la sequía, carece de pastos y llega a perecer de hambre. Primeramente serían corridas de vacas, y todos los obreros en paro forzoso podrían enfrentarse sin temor con esos animales, débiles por una alimentación deficiente, con lo que poco a poco irían adiestrándose en la tauromaquia y podrían llegar a lidiar toros bravos, resolviendo de este modo el problema de su vida”. ¡Qué diferencia de estilos, de estilos históricos y de estilos de espíritu! La misma que existe entre lo que deshizo materialmente a España—para hacerla sueño y concepto—y lo que ha hecho la prosperidad económica de los Estados Unidos: la libertad del espíritu y su esclavitud. Porque el obrero es un hombre, y no un torero: torero de la política y de la politiquilla es el senador. Roque aun no ha pedido que el senador lidie. ¡Mirad, con los ojos de la imaginación, cómo brillan en el cuerpo de luces del obrero, corneado por el negro capitalismo, los alamares de la verdad! Mirad cómo España—y sus hijas—van dejando por el mundo, y por los aires, las huellas de su paso:

—¡Hola, señor Espíritu, soy español!—dice el hombre que hicimos y deshicimos, poniendo el interés político en la nada.

EL cuco está hoy con nosotros y mañana contra nosotros: cuando el mundo esté en contra nuestra. El cuco tiene como divisa de su arte de lo posible: *oidos llevan pies*. Oigo hablar—dice el cuco—y sigo la corriente del hablador de turno. El cuco se ha metido a político haciendo constitucional su cuquería: su arte de no ser por sí y en sí. El cuco ha dominado al mundo, poblándolo de cucos. El cuco habla bien de todos los hombres *mientras puede*: esta regla nos servirá para diferenciar al cuco del hombre sincero. Cuando nos reunamos en la plaza pública para convertir en gritos los defectos del prójimo—en un descarado confesonario al aire libre, en el que cada uno sea confesor y confesado—habremos empezado a combatir al cuco. Porque el cuco permanecerá silencioso. ¡Cuidado con el cuco silencioso!: peligro de muerte. *En el bosque de su silencio el cuco trama una horrible maquinación.*

ANTOJOS DEL GALLO

VUELA SOBRE EUROPA UN CUERVO

Spengler intuye con gran claridad los momentos o *años decisivos* de la época en que vive: las preocupaciones, los deseos y los factores vitales. Su obra—porque hemos de tener en cuenta *la continuidad trágica de su pensamiento*—responde a la cabeza preocupada del europeo de hoy. A esta compenetración con *su* público es debido, en una gran parte, el éxito que le acompaña. Acaba la gran guerra y publica “La Decadencia de Occidente”, recibida con tan feliz acogida que se agota la edición de la primera parte (50.000 ejemplares) antes que aparezca la segunda, esperada con febril expectación: es que pretende explicar los problemas de la trasguerra. Pasa el tiempo, y ya no tiene el interés del día de su aparición.

Ahora, en “Años decisivos” nos presenta el fracaso del materialismo y del socialismo: es decir: la crisis actual de la unidad de Europa. Alabemos esta *puntualidad* de Spengler. El apostilla, terrible y puntualmente cada problema y cada fracaso: porque los problemas y fracasos europeos agonizan en él: en su encastillada cabeza de granito y vidrio.

Merece ofrecerse en una síntesis la visión que de Europa nos dá el pensador alemán: ello equivaldrá a recontar matemáticamente todas nuestras inquietudes del hoy y del mañana. Materialismo, racionalismo, sentimentalismo, democracia, fraccionamiento de las clásicas unidades nacionales, son los falsos valores que han conducido a la ruina a la raza blanca; es necesario rectificar—dice—, volviendo a los valores auténticamente espirituales. Acabamos una era, y empezamos otra: se precisa encauzarla para no perecer. La época pasada se caracteriza por el “*panem et circenses*”, época racionalizada, placer sin trabajo, degeneración completa en todos los órdenes, dominio de la masa contra el espíritu, de la cantidad sobre la cualidad. El racionalismo ha igualado a los hombres: reduciendo mínimamente los valores humanos. Así en el trabajo, el obrero honrado e inteligente ha sido sustituido por el omnipotente e inhumano Sindicato; en el ejército el soldado aparece colocado sobre el elemento oficial técnico; en fin, en las costumbres, se va a la absoluta libertad, a la imitación de las capas más bajas de la sociedad: las mujeres no se avergüenzan—hoy—de convertir en moda el maquillaje de las prostitutas. La economía ha vencido a la política, como si no fuera el capitán el que debe dirigir el barco, sino el financiero. Europa se ha colocado al borde mismo del comienzo de la historia: sin el hombre que ha formado el humanismo y sin la familia que ha formado la civilización. La mujer ya no es el complemento vin-

cular: ha venido a parar en amada, en compañera—según le llama un lenguaje que aun quiere parecer decente: mujer sin hijos; a lo más con uno como juguete, de valor idéntico a los decadentes bibelotes de que se rodea. *La medicina ha llenado el mundo de viejos en vez de poblarlo de niños.* Tristes consecuencias de la guerra—concluye Spengler—, ganada por Asia con la absorción de Rusia y América.

Sería doloroso, sin embargo,—objetemos a Spengler—que Europa se salvase por *un movimiento pre-cristiano*. ¡Y para que la salve el diablo que se hunda antes sobre nuestras cabezas! Spengler ha vislumbreado—en una de sus obras—esa posibilidad catastrófica. El recordaba al soldado pompeyano que conserva en la muerte la posición de firme, mientras se hunde la ciudad y su civilización. Hasta ahí llega el estoicismo, el pre-cristianismo: hasta morir tieso. Que se nos caiga Europa como una hoja, pero mientras gritamos a los aires estremecidos:

—Eloi, Eloi, ¿lamma sabachthani?

J. C.

GRIEG COMO ESTILO LITERARIO

“Primavera en Castilla” es un breve libro de crítica literaria que el P. Félix García nos ofrece. No suena, con todo, a inmadurez. No es la primera producción de un incipiente, lamida y relamida, esperando que se abran los mundos para recibirla. La labor del P. Félix se mide por lustros. El público iniciado no le desconoce, pero, ardiendo en novedades de fantasía, esquiva a veces indebidamente por rutina o por incapacidad encontrarse con los auténticos hombres de valor.

El sabio agustino es de los pocos que aunan en esta hora literaria lo tradicional con lo moderno. Conocemos al tipo de escritor metido entre clásicos, aferrado a su mundo, sin genialidad para revivirlo. Y también a los que, en alas de las lenguas modernas, pasean complacidos y orondos por los jardines de Bernard Shaw, de Wells o de Pirandello. En la pluma y en el cerebro del P. Félix viven ideas y formas de la moderna cultura europea,—no en vano fué oyente en las aulas de Viena y de Berlín—, pero viven anilladas, insertas en la cadena de la tradición más escogida. Sin tratarle, con sólo leer estas páginas de crítica, se advierte que esta harmónica conjunción no es en él artificiosa adherencia, sino su “*erlebnis*”, realidad vivida.

Así podrá explicarse el lector esos magistrales aguafuertes de la vida literaria madrileña, que de vez en vez aparecen en sus escritos. Más que látigos son garfios sus palabras; desgarran nombres fofos de todo contenido artístico, patentizan sin miramientos la elaboración ficticia de famas que jamás debieron llegar a la luz. En cambio, es irrefrenable

su alborozo cuando descubre a un joven lleno de áurea sustancia. Teófilo Ortega le entusiasma por *penseroso*, y le entusiasma asimismo como fuerte ejemplo.

Las primeras páginas dedicadas a este escritor palentino son una aleccionadora contraposición entre este joven auténtico y los otros. Si no me equivoco, lo que admira en éste es la reversión consciente hacia todos los elementos integradores de su personalidad literaria, función ausente en tantos otros. Esta creación artística que arranca activamente del venero espiritual es la perfecta y perenne, no la mostrenca concreción epidérmica a lo Joyce. Porque Teófilo Ortega está investido de esta alta cualidad tiene del paisaje castellano, de la vida y de la muerte una visión tan profunda, no lograda por los que mariposean tras lo decorativo.

Esta perspicacia, afinada por el constante ejercicio, en delinearnos la actitud fundamental de Ortega sabe ayudar, como es propio de todo crítico verdadero, y el P. Félix lo es como pocos en España, allí donde el pensador, creyéndolo inútil, renuncia a todo esfuerzo. Frente al problema de lo trascendente en el que Ortega jura *in verba magistri* (Unamuno) es muy oportuna la sugerencia del crítico. *Quedarse en Unamuno es quedarse en Kant.*

Al estudio de Teófilo Ortega siguen unas breves pero sagaces observaciones sobre Concha Espina, Salaverría y Francisco Valdés.

Usando un procedimiento caro a Maurice Baring, yo compararía el estilo del P. Félix García a un amanecer de Grieg: serenidad, placidez, en un crescendo musical de colores.

FRAY B. DE P.

* EL COMULGATORIO ESPIRITUAL (HACIA UNA DEFINICION DEL AUTO SACRAMENTAL)

En nuestra teoría del conceptismo—*considerado como reducción intelectual del cristianismo*—ocupa el auto sacramental un capítulo importante. Porque el auto es género eminentemente conceptista: en cuanto hace del estilo un arte de racionalismo poético y en cuanto dramatiza, más allá del estilo, la metafísica del cristianismo: convirtiéndola en esquema imaginativo. La metafísica aparece—en el auto, en el teatro—como sobrenadando en un musical océano litúrgico: *en una sinfonía tomista*. Es decir, que la metafísica se prueba por la música: por el rumor del verso, el trueno y el ruido: por la visión aparatosa del pecado y de la salvación.

Teniendo en cuenta que el auto sacramental reproduce, por el aparato espiritual de sus movimientos, la historia del hombre como tipo o Adán y del hombre concreto o Roque, podemos convertir en proposiciones de orden teológico y poético sus representaciones plásticas. El auto comienza y termina en amor. Prime-

ramente, es el amor envenenado de razón quien juega, envenenado de historia natural, o simplemente de historia. Porque sólo el amor envenenado—racional e históricamente—hace posible el pecado original: *la desviación racionalista del amor*: en envidia. Dios había entregado al hombre, al crearlo espiritualmente, un poder de creación amorosa. Pero, el hombre vuelve el amor, en un momento en que pierde la nación de los valores, hacia sus orígenes satánicos: *a la envidia histórica*. Cuando se agota la envidia, gustando como pasa el tiempo de la historia, aparece el otoño espiritual del hombre: *la razón que había prostituido al amor se envenena salvadoramente de amor*. Comienza la religión como historia: *como historia de símbolos*. Dios crea de nuevo el mundo—desde el punto de vista de la superioridad poética del Espíritu: de los valores puros—con la Redención, con el hecho histórico que llamamos Redención. Pero, lo sigue creando con un sacramento: cuya necesidad siente el hombre, cuando consume la realidad de su propia razón, necesitando un apoyo de amor. *Aparece el comulgatorio como un órgano de música callada*: como visión esquelética del auto sacramental. Porque el auto, en su mecanismo figurativo interior, *tiene la arquitectura simplemente armoniosa de un comulgatorio*. Porque si nos hace falta el comulgatorio para recibir cristianamente humillados la sagrada Hostia, también nos hace falta el auto *como el comulgatorio espiritual* por excelencia. El nos lleva del símbolo a Cristo: representando poéticamente nuestras dos edades espirituales: *la evolución e influencia recíproca del amor y de la razón*. Es, pues, el auto *una prueba litúrgica—o dramática—de la Redención*. O dicho más concretamente: *de la Redención por la eucaristía*, visión poética y satisfacción real de un deseo de amor. El auto sacramental es una prueba del amor: es, precisamente, *el amor como tema*: el único tema eterno de amor. El auto viene a decirnos: En el comulgatorio está la salvación de la personalidad enferma.

¡Ay, nombraste persona y nombraste drama! Podemos llegar a decir que el auto es el drama de la personalidad: es decir, el drama de la historia, y en un definitivo último término: *el drama en que puso a Dios la creación*. Por esto el auto no va concretamente a la persona, marcha abstractamente a la personalidad: del auto sacramental nacen, por consiguiente, todos los dramas teológicos que convierten nuestro teatro en un confesonario, en un laboratorio psicológico de la conciencia, en una experiencia social del conceptismo: en un vertiginoso cinematógrafo del alma. Para mí merecen el nombre de autos todas aquellas piezas dramáticas en las que se plantea el problema de la Redención, y *los casos de conciencia que la Redención puede provocar*. Porque, *el auto es el caso de conciencia puro—el caso de la personalidad—y el drama teológico es la exposición del caso de conciencia personal y concreto*: de Pedro o Juan. Por esto, el público clásico del auto sacramental—el del XVII—con conciencia vivísima de los casos de conciencia, contemplaba, desde el comulgatorio de su asiento, en la representación, en la desnudez simbólica del sacramento dramático, su propio caso, o sus posibles casos apurados, aprendiendo—*así—las justificaciones morales y religiosas*: poniéndose en el aprieto, en el drama, de las justificaciones. El buen Pedro o el cándido Juan del XVII buscaban la justificación de su personalidad: buscando la

prueba poética de la redención por la Eucaristía. La Reforma había dicho: *Nada más que símbolo*. La Contrarreforma y la Compañía respondían: *Realidad, realidad que se prueba por símbolos*. Porque cuando la razón no sirve hay que acudir al símbolo. Este mismo ímpetu simbólico da vida a la política de la España áurea: como un arte de sustituir las personas por símbolos: como un arte de formar unidades: de reflejar en la naturaleza nacional la naturaleza de la unidad. ✕

¡Y cómo se siente la unidad en este pueblo que da realidad con su presencia al auto! Pueblo en comunión: en comunión de santos y en comunidad de pecadores: en monarquía de deseos: como formando un solo pan y un solo cáliz, que simbólicamente diría el Apóstol. Eso que hoy se llama el valor social de la Eucaristía—consistente en mantener, en frase de Santo Tomás, “la unidad del cuerpo místico de Cristo”—tiene su realización perfecta en la representación del auto sacramental, cuando la intimidad eucarística se hace espectáculo, visión aparatosa y dramática, ante el pueblo cristiano terriblemente interesado en una unidad de interés personal y metafísico. ¡Cómo comprendió san Pedro Calderón de la Barca, en su poesía de espadas como conceptos y conceptos como espadas, como cruces, la afirmación escolástica sobre la unidad del género humano por la Eucaristía!: *la unidad de España lograda por el misterio*. Porque hay más unidad espiritual—y unidad de pensamiento—en el pueblo cuando oye o ve, en el ambiente milagroso producido por la comunicación sobrenatural, un auto sacramental, que cuando gusta, huele o toca un auto de fe: porque el mundo es teatro, como dice Unamuno, como dijo Calderón: *el gran teatro de la Redención*. Como un estilo escolástico de unidad aparece—hoy—a nuestros ojos, el auto sacramental.

Pero, el auto “Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras” de Miguel Hernández no es propiamente un auto sacramental escolástico: porque él ha ampliado *imaginativamente* el concepto del auto: merced a lo que puede llamarse *la influencia de la emoción racional del campo*. Y es que el auto clásico, el auto calderoniano, tiene un marcado sabor urbano—si cabe hablar así en el puro terreno de los conceptos—producido por la depuración ascética de las imágenes, la ausencia del paisaje vivo y el archiescolasticismo poético. En el auto de Hernández—en cambio—juega un papel poéticamente decisivo el campo como mundo perfecto: *como imagen, como estilo y como idea*. El campo existe: aun cuando, considerado de manera abstracta, sea una proposición escolástica, una categoría racional. O meta-racional: porque el campo no cabe en la cabeza; de tan cristalino—que es la forma conceptual de la luz, el volumen y el color—, *el campo no cabe en la razón*. Cuando el poeta intenta reducirlo a poesía ha convertido, ya, el campo en drama, en persona: en persona dramática. Entonces, lo achica materialmente para ampliarlo espiritualmente hasta agotar la expresividad de las palabras: *hasta agotar el símbolo*: hasta convertir en proposición escolástica el símbolo no escolástico. El campo, en este aspecto dramático de la visión poética, es *la prueba plástica de la existencia de Dios*. Por la imagen se llega de nuevo al concepto, por el campo se llega a la tesis. Este auto sacramental de Miguel Hernández nos trae, pues, una tesis: *una tesis sobre el problema de la gracia*. Cuando el hombre, en la

escena X del acto segundo, azuzado por su viva prehistoria sensorial, acude a pedir al pastor, en un tono de moderna sublevación social, su ganado y su riqueza, éste le dice:

"¡ Amor siempre te estoy dando!"

Es decir, gracia: una gracia compatible con la dignidad humana: *con la dignidad solitaria de la libertad*. Añade el pastor, luego, como prueba de su verdadera afirmación amorosa:

*"La culpa no es mía:
pues, ¿qué culpa tiene el día
de que no lo acepte el huerto?"*

*¿Qué culpa tiene la idea
de no brillar en la mente?
¿Qué culpa tiene la fuente
de que la sed no la vea?"*

Con misteriosa claridad viene a decirnos: *dentro de la libertad la gracia*. Porque la gracia es como una danzarina que se mueve en los brazos del liberto.

Con gracia extraordinaria ha elevado Miguel Hernández, sobre su mundo, el aparato poético del auto sacramental. Oímos a Calderón, en la severidad conceptista que le sirve de comulgatorio. El comulgatorio está cerca del sepulcro: como separando nuestro ser y nuestro destino. Oímos—el amor nos lo hace oír—las voces de unos frailes: fray Juan y fray Luis. Miguel Hernández vive y muere su estilo personal en un estilo—en una tradición—cuya práctica supone constante martirio. El es un lírico en agonía. Porque el poeta que siente tras de sí los muertos, es como pájaro que vive en la jaula de un determinado estilo histórico. *Porque el estilo no es nada, sino es la penitencia del mismo estilo*.

R. S.

ACUSE DE RECIBO

Libros: Menéndez y Pelayo: "Introducción y programa de literatura española" (publicado por Miguel Artigas).—Raimundo Gaspar: "Pimpin" poesías).—Alvaro Arauz: "33 canciones".—Raimundo de los Reyes: "Tránsito" (Elegía).

Revistas: "Cruz y Raya" (15, 16, 17, 18, 19), Madrid.—"Religión y cultura" (80, 81, 82), Madrid.—"Acción española" (60-61, 62-63), Madrid.—"Revista de las Españas" (83-84), Madrid.—"Eco" (9), Madrid.—"Revista del Ateneo" (67), Jerez de la Frontera.—"Norestes" (7), Zaragoza.

Anuncio de libros de publicación inmediata: Miguel Hernández: "El silbo vulnerado" (poesías). Ramón Sijé: "El jesuitante".

RE-CATOLICISMO, CATÓLICA-REFORMA

Cuando un sacerdote habla de la unidad verde oliva de la eucaristía, nos comunica un presente de dulzura. Cuando un sacerdote habla—para expresar poéticamente la sobresaturación cristiana, hasta en el mismo paisaje, del ser y estar de España—del “perfil de nuestra tierra, mil veces quebrado por la Santa Cruz”, una emoción dramática y una emoción histórica nos sobrecoge. Cuando un sacerdote envuelve su máquina de pensar en voz alta, su oratoria, con expresiones concretamente felices, notamos en nuestros oídos el rumor de un estilo. ; Cómo nos gustan esos términos que se repiten, en el discurso del sacerdote, sirviendo impremeditadamente a una tradición de conceptismo!: “sobrenaturalismo cristiano”. Pero, el sacerdote, para acabar de ganarnos, debe, también, callar: debe callar políticamente: *debe callar su política*. Es decir, debe evitar que el catolicismo se convierta en eso que sospechosamente llama “catolicidad”. Nos asustan estas palabras en boca de un sacerdote: “Si la noción de catolicidad pudiese reducirse en su ámbito y aplicarse sin peligro a una institución histórica que no fuera el catolicismo, diríamos que la hispanidad importa cierta catolicidad dentro de los grandes límites de una agrupación de naciones y de razas”. Levemente nos confunden esas palabras que desfiguran, a pesar de referirse a ideas y no a hechos, el concepto cristiano de la pura religión y del puro estado. *Porque la catolicidad es una forma de reducción política del catolicismo*. Porque el estado católico no se hace: *frutalmente nace*. Católico estado, “católicamente airado”, que dice Calderón, y no estado católico, airadamente católico, como diría el falso Calderón. Puede servirnos, como estampa ilustrativa, el ejemplo de nuestra España. España pudo ser la representación cristiana del estado, porque su cristianismo sin querer se hizo estado: como se hizo luz, piedra, poema, crepúsculo. Pretender hoy, hoy que España ha dejado de ser espiritualmente católica, pretender, como se hizo de modo desdichado en el inmediato ayer, la catolización (?) de su estado, es, con pedir peras al olmo, con asegurarse un nuevo fracaso, llegar a *la glorificación pagana del Adjetivo*: del adjetivo como razón de estado: como fe religiosa. El catolicismo oficial provocó la salida revolucionaria, la huida hacia los *ismos*, de la pobre gente de España: huían, en un afán escolástico de amor substancial, de la Iglesia: porque la Iglesia jugaba decorativamente con la historia y el estado oficiales. Se justificó, pues, una revolución: una revolución social-ista se justifica cuando una religión imperante olvida su *valor social*. Abandonemos, cristianos, la conquista del estado; marchemos a ser conquistados por el pueblo. Se demuestra *la eternidad temporal del catolicismo*, cuando reformando los modos y los cuadros eclesiásticos continúa manteniéndose su virtud creadora de vida: *cuando se acerca la primavera*: como estilo de nueva forma. El catolicismo es ya, desgraciadamente, costumbre: algo fisiológicamente inseparable de nosotros: por lo mismo falso. Nadie ve en la práctica de la religión católica un drama. Cristianos: *deinde vivere*. Hoy, como el día primero del cristianismo, como el día último: hasta el primer día del eterno tiempo: ; *Transmutación de todos los valores!*

INDICE

LA CARCEL DEL SONETO

Eucaristía, Félix Rós.

El trino—por la vanidad, Miguel Hernández.

PROFECIAS

Una sobre Cataluña en tiempo de Felipe IV.

(Dijo don Francisco Manuel de Melo).

EPISTOLARIOS

La majestad del no, Ramón Sijé.

Baraja o epistolario de Quevedo.

(Cartas de humor y amor vivos). Selección de R. S.

El torero más valiente, Miguel Hernández.

PICOTAZO

"El Gallo Crisis" y los escritores oficiales de Madrid.

LAS VERDADES COMO PUÑOS

ANTOJOS DEL GALLO

Vuela sobre Europa un cuervo, Juan Colom.

Grieg como estilo literario, Fray Buenaventura de Puzol.

El comulgatorio espiritual, Ramón Sijé.

Acuse de recibo de libros y revistas.

POSICIONES

Re-catolicismo, católica-reforma.

(VISADO POR LA CENSURA)

EDITORIAL "LA VERDAD", S. A. - MURCIA

CUATRO PESETAS